

## Paula Bruno

Profesora en Historia (Universidad de Buenos Aires). Magister en Investigación Histórica (Universidad de San Andrés). Doctoranda en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (tesis en proceso de escritura). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad San Andrés. Autora de varios libros y artículos sobre la historia de Argentina.

### Resumen

El artículo presenta un análisis crítico de los aportes provenientes de distintos géneros y campos disciplinares, producidos entre 1920 y 2000, que han utilizado la expresión *generación del 80* para reflexionar acerca del pasaje del siglo XIX al XX de la historia argentina y las principales problemáticas vinculadas con la formación del Estado y de la nación. Se focaliza la atención en la construcción del rótulo *generación del 80* hacia la década de 1920 y sus variaciones en el largo plazo. La intención principal es mostrar cómo se han transformado las representaciones sobre el papel histórico de un grupo de políticos

e intelectuales en lo concerniente a procesos fundamentales de la formación de Argentina en cuanto nación moderna. Con estos objetivos, se propone una periodización original que permite ver las modificaciones del rótulo *generación del 80* y de los contenidos y las características que se le han atribuido. Complementariamente, se da cuenta de los contextos historiográficos de producción en los que se inscriben las contribuciones analizadas y se presentan reflexiones acerca de las formas de abordaje de procesos históricos nodales en la historiografía argentina.

### Palabras clave:

Actores de modernización, *generación del 80*, historiografía, historiografía literaria, intelectuales.

Fecha de recepción:  
enero de 2006

Fecha de aceptación:  
septiembre de 2006

# A Review of the Use of the Expression *generación del 80* between 1920 and 2000

Paula Bruno

History Professor (University of Buenos Aires). Magister in Historical Research (Universidad de San Andrés). Doctoral candidate in History, Humanities Faculty, University of Buenos Aires (dissertation in progress). Doctoral grantholder from the National Council of Scientific and Technical Research ( CONICET), and employed at the Dr. Emilio Ravignani Institute of Argentinean and American History, Humanities Faculty, University of Buenos Aires. Professor at the Humanities Department of the University of San Andrés. Author of several books and articles about Argentina history.

## Abstract

The article presents a critical review of the contributions from various genres and disciplines, produced between 1920 and 2000, that have used the expression *generación del 80* to reflect on the shift from the 19th to the 20th century in Argentinean history and the main problems associated with the formation of the state and the nation. It focuses on the construction of the label *generación del 80* in the 1920s and its long-term variations. The main aim is to show the transformations in the representations of the historical role of a group of politicians and intel-

lectuals regarding key processes in the development of Argentina as a modern nation. With these objectives in mind, the author proposes an original periodization enabling one to see the modifications in the *generación del 80* label and the contents and characteristics associated with it. At the same time, the article describes the historiographic contexts of production of the contributions analyzed and presents reflections on the forms of approaching key historical processes in Argentinean historiography.

## Key words:

Actors in Modernization, *Generación del 80*, Generation, Historiography, Intellectuals, Literary Historiography.

Final submission:      Acceptance:  
January 2006              September 2006

# Un balance acerca del uso de la expresión *generación del 80* entre 1920 y 2000

Paula Bruno\*

## INTRODUCCIÓN

En la actualidad existe un consenso generalizado a la hora de sostener que en 1880 un nuevo elenco de hombres públicos se perfiló como conductor de los procesos de consolidación del Estado y de la nación argentinos. Así, el periodo de la historia del país abierto, el año en el que se concretó la federalización de Buenos Aires y Julio Argentino Roca asumió su primer mandato presidencial, ha sido revisado desde variadas perspectivas y con múltiples objetivos analíti-

\* Parte de este trabajo se enmarca en una investigación que ha sido subsidiada por la Fundación Antorchas y por el CONICET. Una estancia de investigación financiada por la SRE del gobierno de los Estados Unidos Mexicanos y concretada en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora me permitió redactar la versión definitiva de este artículo en el marco de un ambiente propicio y estimulante. Versiones preliminares de este escrito se discutieron en el seminario del Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés (Buenos Aires) y en el seminario de Historia Intelectual de América Latina (Siglos XIX y XX) de El Colegio de México, me he visto beneficiada por los comentarios recibidos en ambas ocasiones. A su vez, agradezco las lecturas atentas y las observaciones de Paula Alonso, Carlos Marichal, Alexandra Pita, Darío Roldán, Liliana Weinberg, Eduardo Zimmermann y los evaluadores anónimos.

cos. La etapa es caracterizada como de profundas transformaciones: nuevos actores irrumpieron en escena y perfiles de singulares personalidades se instalaron en los despachos políticos y en los ámbitos intelectuales para propulsar acciones renovadoras que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas, mientras Argentina se insertaba en el escenario mundial con un papel definido. Puertas adentro, el país se organizaba en torno a los ídeales del progreso, la paz y el orden, principios que cristalizaban en medidas concretas y en diversos proyectos de configuración para una sociedad que era generalmente percibida como caótica y amorfa.

Los hombres públicos que actuaron en este escenario se autopercebieron como los mentores de una nueva era, y pusieron en marcha distintas dinámicas con el objetivo de cambiar profundamente a la joven nación, imperativo que era asumido como una misión. En este escenario histórico, diversos políticos e intelectuales articularon estrategias formales e informales con el objetivo de dotar de una moderna fisonomía a un país que durante 70 años, desde la Revolución de Mayo (1810), había sufrido embates continuos. Tópicos recurrentes articulaban un clima de ideas en el que el soporte discursivo y las prácticas de las elites estaban acompañados por los

imperativos de *civilizar, ilustrar, europeizar, secularizar, nacionalizar*. El difundido ideal de progreso, en todas sus potenciales manifestaciones, aparecía como un ordenador de la nueva realidad.

Desde distintos campos disciplinares se ha estudiado el periodo abierto en 1880, con diversas perspectivas analíticas y con variados objetivos. En la bibliografía producida se priorizan consideraciones generales que apuntan, sobre todo, a presentar a los hombres políticos y letrados y encuadrándolos dentro de una agrupación insistentemente evocada: la *generación del 80*. Así, existe un amplio consenso a la hora de establecer un listado de los nombres de las personalidades que conformaron esta generación, de trazar algunos prototipos en los cuales encasillarlos y de evaluar las acciones de esta agrupación.

En estas páginas analizamos una serie significativa de contribuciones que utilizan la expresión *generación del 80*, o expresiones afines, con el objetivo de vislumbrar cuáles han sido los usos que de esta se han hecho en los últimos 80 años. No focalizamos, sin embargo, la atención en problemas vinculados con los alcances y los límites de la periodización generacional, ni en la validez de la aplicación del esquema generacional para la historia y la literatura argentinas.<sup>1</sup> Tampoco preten-

demos medir la validez de la aplicación de la noción de generación en un sentido "técnico" o conceptual rígido. En cambio, el objetivo de este trabajo es dilucidar algunos aspectos vinculados con la construcción de las representaciones sobre la *generación de 1880*; agrupación ampliamente evocada que, en varias ocasiones, se presenta como una ahistórica habitante de los lugares comunes del pensamiento argentino mientras circula con ligereza por antologías escolares, enciclopedias, textos de divulgación y estudios de corte académico. Consecuentemente, evaluamos las formas de uso de la expresión bajo observación en una cantidad de literatura significativa, con el objeto de pensar en las connotaciones que el término asume en propuestas analíticas que poseen, como veremos, finalidades disímiles.

Priorizamos el rastreo de las variaciones de la caracterización de la *generación del 80* a lo largo de un periodo comprendido entre 1920 y 2000. El análisis no se restringe a los aportes provenientes de un solo marco disciplinar, aunque predominan las contribuciones provenientes de la historia y la crítica literaria. Por su parte, hemos consultado algunos textos que pueden inscribirse en la tradición ensayística argentina y otros más ligados a las formas narrativas del memorialismo. Por último, revisamos ciertos escritos inscritos en un territorio disciplinar más ampliado, caracterizable actualmente como el de los *estu-*

<sup>1</sup> Ambos temas han llamado notoriamente la atención —y no sólo en el ámbito argentino—, sobre todo luego de la aparición del clásico texto de Ortega y Gasset, "Idea", 1995, pp. 59-66. Para consideraciones generales sobre el concepto de generación, véase Marías, *Método*, 1957. Aportes que aplican el método generacional para el caso argentino son: Monner, *Problema*, 1970; Perriau, *Generaciones*, 1970, y Martínez de Codes, *Pensamiento*, 1986. Para balances del método generacional en la historia y en la literatura argentina: Barcia, "Algunas", 1987, t. 1, pp. 127-144, y "80",

1981, pp. 9-34; Campanella, *Generación*, 1983, pp. 7-51; Carrilla, "Método", 1987, pp. 83-125, y Pró, *Historia*, 1973, pp. 147-156. Muestras de la multiplicidad de usos del concepto de generación y de la aplicación del método generacional para distintos periodos y casos nacionales pueden verse en AA.VV., "Generations", 1978.

*dios culturales*. Seguramente esta bibliografía no da cuenta de la totalidad de escritos destinados a mencionar o analizar algunas características de la agrupación bajo análisis; sin embargo, consideramos que hemos relevado una cantidad representativa de aportes sobre el tema que permiten conformar una visión de la diversidad de enfoques y de la variación de los mismos en el largo plazo.

En lo que respecta a la organización de la exposición, responde a una división basada en una periodización que proponemos y argumentamos a lo largo del trabajo: 1920-1950, 1950-1970, 1970-1990 y 1990-2000. Cabe aclarar que estas etapas no son estrictas ni rígidas; pese a ello, permiten ordenar cierta información que comparte registros interpretativos similares.

#### 1920-1950: PRIMERAS DEFINICIONES PARA UNA GENERACIÓN DE LETRADOS

En los primeros textos que, hacia 1920, se planteaban la necesidad de evaluar lo sucedido en las décadas anteriores con el objetivo de dotar de orden y sentido al devenir del pasado argentino y de organizar tradiciones y linajes, surgieron los primeros esbozos de la idea de *generación del 80*.<sup>2</sup> En las obras consultadas, esta denominación aparece connotada de forma más bien laxa y, la mayoría de las veces, convive con otro tipo de caracterización. Muestras de estas primeras definiciones pueden encontrarse en los trabajos de

<sup>2</sup> Sobre la aparición y el significado de estos textos panorámicos pueden verse: Blanco, "Constitución", 1999; Estrin, "Historia", 1999, pp. 21-31, 75-114, y Prado, "Historiografía", 2001, pp. 39-65.

Jorge Max Rohde y de Ricardo Rojas que pretendieron, siendo precursores en su género, dar cuenta de panoramas generales de las expresiones literarias y de la historia de la literatura argentina.

Entre 1923 y 1924, el escritor y crítico literario Jorge Max Rohde publicaba dos de los tomos de su obra *Las ideas estéticas en la literatura argentina*. En estos volúmenes aparece un dato curioso, ya que la generación que nos ocupa no es caracterizada en forma unívoca. Es denominada bajo dos rótulos: en el tomo III como "generación del 80", y en el tomo IV como "generación de Juvenilia". Pese a los diferentes bautizos, en ambos casos se analizan las obras de los mismos personajes, cuyo rasgo unificador, desde la perspectiva de Rohde, es que su presencia en el ámbito público comenzó a ser notoria hacia 1880.

A la hora de referirse a las ideas de los hombres que conformaron esta generación, Rohde rastrea, en sus lineamientos generales, las influencias de las corrientes literarias naturalista e impresionista y agrupa a los escritores de esta época en dos conjuntos, ambos signados por el romanticismo: los "románticos estéticos y católicos" (José Manuel Estrada, Nicolás Avellaneda y Pedro Goyena) y los "románticos liberales" (Eduardo Wilde y Lucio V. Mansilla). El autor señala, entonces, que la matriz de pensamiento de los literatos analizados es común pero que, pese a ello, algunos manifestaron una propensión sistemática a poner el acento en las ideas positivistas como parámetro absoluto (menciona a Benigno Lugones, Eugenio Cambaceres y José María Ramos Mejía) para concretar tareas intelectuales ligadas tanto a la ciencia como al arte. Por último, destaca la existencia de un grupo anquilosado de "adeptos al hispanismo" (como

Calixto Oyuela y Santiago de Estrada) en un contexto en el que las influencias francesas se imponían indiscutiblemente.

Por su parte, Ricardo Rojas, en su monumental obra publicada entre 1917 y 1922, rotula como “los modernos” a los hombres que desarrollaron sus acciones entre 1850 y 1910. Respecto de esta denominación declara: “los modernos’ [es un] título de simple valor cronológico, pues no hay otro más comprensivo, dada la variedad individualista que caracteriza nuestra cultura en los últimos 40 años”.<sup>3</sup> Luego de esta aclaración divide a los miembros de esa generación en varios grupos, entre los que se destacan: “los novelistas modernos” (Eugenio Cambaceres, Lucio V. López, Martín García Mérou, Julián Martel, Manuel Podestá) y “los prosistas fragmentarios” (Lucio V. Mansilla, Santiago Estrada, Miguel Cané, Eduardo Wilde, José S. Álvarez –Fray Mocho). Dentro de las preferencias expositivas de Rojas no se encuentra la de pensar en generaciones literarias en un sentido estricto del término, el autor postula una y otra vez la necesidad de hacer hincapié en la “fuerza de las individualidades” para poder dar cuenta de la riqueza y de la variedad de la literatura argentina. Pese a ello, menciona al pasar la expresión *generación del 80*<sup>4</sup> y destaca que su valoración de esta es “puramente literaria”.<sup>5</sup>

Así, en las obras de Rohde y de Rojas, las denominaciones propuestas para los hombres del 80 no son unívocas y se superponen con otras. El rasgo común de los dos textos es que la incipiente definición del rótulo *generación del 80* está apun-

talada en todo momento por el señalamiento de la adscripción de esa generación al mundo de las letras. Cuando las actividades extraliterarias aparecen apuntadas como rasgos determinantes de los personajes revisados es porque estas permiten señalar vínculos estrechos entre ocupaciones y géneros literarios. Así, por ejemplo, los autores se refieren a las actividades diplomáticas de algunos actores señalándolas como excelentes dadoras de oportunidades para la escritura de libros de determinados géneros: memorias, diarios y libros de viaje.

Otro texto muy general publicado en la década de 1920, con fecha posterior a los mencionados, es un artículo de Arturo Giménez Pastor titulado: “Los del 80”. El autor comienza su exposición señalando que utilizar el concepto *generación del 80* es una operación habitual y propone una definición más bien general, señalando que esta agrupación está conformada por un conjunto de figuras representativas del espíritu de un momento clave de la evolución sociológica de Argentina. Por su parte, abona el concepto de “generación de Juvenilia”, propuesto por Rohde, señalando que resulta más ajustado que el de “generación del 80” –aunque no precisa los motivos concretos de su preferencia– y se encarga de puntualizar el carácter exclusivamente porteño del grupo.

El texto propone una caracterización de la *generación del 80* como la de los “hijos de los expatriados” en la época de Rosas. Posteriormente, se señala que existen dentro de la mencionada agrupación los “primogénitos” y los “hermanos menores”. Entre los “primogénitos” se inscriben aquellos a los que el autor considera como tipos colectivos de hombres públicos de la época (Lucio V. López, Miguel Cané,

<sup>3</sup> Rojas, *Historia*, 1957, p. 613.

<sup>4</sup> Por ejemplo, *ibid.*, pp. 412, 613.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 619.

Eduardo Wilde, Manuel Láinez, Santiago Estrada, Carlos Pellegrini, Eugenio Cambaceres, Delfín Gallo, José María Ramos Mejía). A la hora de referirse a los “hermanos menores” se mencionan personajes cuya actuación pública habría sido menos notoria, o bien habría tenido repercusiones más tardías (Martín García Mérou, Alberto Navarro Viola, Nicolás Matienzo, Ernesto Quesada, Eduardo Ladislao Holmberg, Carlos Monsalve y Alejandro Korn). Tres son las figuras que quedan fuera del árbol genealógico de Giménez Pastor pero que, por algún motivo, decide mencionar: José Manuel Estrada, Pedro Goyena y Leandro N. Alem. El autor destaca que es sobre todo por la ideología de estos hombres por lo que no puede incorporárseles armónicamente al grupo en cuestión.

Pese a la brevedad y la generalidad, dos son los rasgos destacables del texto de Giménez Pastor. En primer lugar, en su contribución se utilizan por vez primera metáforas relacionadas con vínculos familiares para referirse a los hombres de la generación; operación que, como veremos, se convirtió en recurrente en la primera etapa aquí analizada. El segundo rasgo es que, a diferencia de los textos de Rohde y Rojas, el autor suma a los elencos de nombres que menciona los de personajes eminentemente políticos y científicos.

En lo que respecta a la primera obra panorámica sobre la historiografía argentina, la de Rómulo Carbia (primera edición: 1925), no encontramos que el rótulo *generación del 80* ordene la información acerca de quienes practicaron los quehaceres históricos en el periodo comprendido, en líneas generales, entre 1870 y 1910. En la primera parte de la obra —capítulo V: “Las dos corrientes vertebrales de la histo-

riografía argentina”—, aparecen inscritos personajes que por sus fechas de nacimiento pueden filiarse con los que comúnmente se anotan al hablar de *generación del 80* (como José Manuel Estrada y Paul Grousac), mientras que en la segunda parte, titulada “Los conjuntos genéricos”, Carbia opta por referirse a los personajes cuyas obras históricas tuvieron su aparición y difusión en esa etapa como parte de “los ensayistas” (Ernesto Quesada, Juan Agustín García y Juan Álvarez). De este modo, las agrupaciones y caracterizaciones propuestas por el representativo historiador de la Nueva Escuela Histórica parecen estar cruzadas por criterios diferentes al generacional.<sup>6</sup>

En ensayos de dos destacados personajes de las décadas de 1920 y 1930 pueden encontrarse los primeros esbozos de evaluaciones críticas acerca de la labor histórica de los hombres del 80. Se trata de “Sobre nuestra incultura” (1922) de Juan Agustín García y *Radiografía de la pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada. En las páginas del primer texto, la *generación del 80* es caracterizada como “víctima de la ciencia materialista y pedantesca, que marchitó muchas hojas buenas de almas de 20 años”,<sup>7</sup> y se critica el utilitarismo de su proyecto educativo: “sus ideas están en la raíz de nuestra incultura”.<sup>8</sup> Por su parte, Martínez Estrada lega imágenes de tono hipercrítico sobre el papel histórico de la generación finisecular considerándola una “forma colectiva típica” y describiendo sus acciones en los siguientes términos:

<sup>6</sup> Véase Carbia, *Historia*, 1939.

<sup>7</sup> García, “Nuestra”, 1955, p. 970.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 971.

extinguió al indio, distribuyó tierras e hizo de la Capital Federal el tesoro en que las provincias depositaron sus economías. Progreso y paz difundíanse al amparo de la espada, con la renovación de los uniformes y los armamentos y con la ley del servicio militar obligatorio.<sup>9</sup>

Como veremos, el señalamiento de estos rasgos militares y autoritarios de la agrupación de hombres que encabezó los destinos de Argentina hacia 1880 no fue evaluado en forma sistemática hasta 1980.

Hacia fines de la década de 1930, Manuel Mujica Láinez publicó en el periódico *La Nación* dos artículos sobre la *generación del 80*. Allí reaparecen las imágenes de familia para caracterizar a este grupo. El autor destaca que en el devenir histórico existen algunas camadas de hombres sin las cuales las naciones no existirían, estas estarían conformadas por personajes providenciales que engrosarían las filas de las “generaciones madres”, siempre seguidas por “generaciones hijas” cuya función histórica prácticamente excluyente sería la de equilibrar las fuerzas de los “constructores nacionales”.

El célebre escritor argentino propone pensar la historia de Buenos Aires en cuatro generaciones: *a)* los hombres que llegaron en tiempos del virreinato del Río de la Plata, hacia el último tercio del siglo XVIII; *b)* los hombres de mayo; *c)* los emigrados durante la tiranía rosista, considerados a la vez los organizadores de la república en el periodo posterior a Caseros; *d)* los hombres de la generación del 80. En el marco de sus postulaciones, la última heredó y sintetizó rasgos de las tres anteriores: sus “trasabuelos coloniales” les

legaron su sangre y el sentimiento de “orgullo de familia”; la generación revolucionaria les habría heredado el “espíritu liberal” y el rechazo sistemático de las ideas políticas y estéticas de España; por último, la “generación de sus padres” les habría heredado la impronta romántica y el afrancesamiento. Haciéndose eco de esta síntesis, los prototípicos hombres del 80 son caracterizados de la siguiente manera:

españoles de Francia —si nos es dado definirlos por una paradoja— que se vestían en Inglaterra y se relamían empleando un vocabulario internacional, constituyen el tipo definido de lo que se llama “el porteño”. La hidalguía porteña y la gracia porteña le pertenecen.<sup>10</sup>

Estos porteños habrían sido, desde la perspectiva del autor de *Misteriosa Buenos Aires*, principalmente prosistas; señala al respecto que en esta generación no pueden reconocerse escultores, pintores ni poetas de relieve. Es, entonces, la idea de “prosistas porteños” la que resume su tipificación de los hombres públicos del 80.

Siguiendo con las caracterizaciones metafóricas de las generaciones, Mujica Láinez habla de los miembros de la *generación del 80* como una “generación de príncipes”, hijos de una “generación de luchadores”. Estos príncipes serían Lucio V. López, Eduardo Wilde, Miguel Cané y Bartolito Mitre, y sus signos particulares serían el dandismo, el escepticismo, la elegancia y el esnobismo, atributos que el escritor le atribuye a los “delfines”, señalando que

<sup>10</sup> Mujica, “Aspectos”, 1986, p. 128. En este artículo publicado en *Sur* se reúnen dos textos aparecidos en *La Nación* los días 10 de diciembre de 1939 y 24 de diciembre de 1939.

<sup>9</sup> Martínez, *Radiografía*, 1986, p. 287.

eran rasgos típicos de una reacción des- preocupada de estos ante las trágicas vidas de sus padres –signadas por los destierros, las desventuras y las persecuciones. Por su parte, extiende la metáfora real para destacar que entre 1875 y 1890 ciertos apellidos dominaron naturalmente la escena pública de Buenos Aires, dado que pertenecían a dinastías (los López), casas (los Mitre) y linajes (los Estrada).

A la hora de dar cuenta de los rasgos intelectuales de la *generación del 80*, Mujica Láinez señala que el elemento ordenador de las ideas de estos personajes, en los aspectos literarios, científicos y filosóficos; fue la noción de “progreso”, acompañada de la autopercepción de ellos mismos como modernos. Sin mayores especificaciones, destaca que la formación de estos estuvo signada por la impronta de lo europeo, dado que estuvieron siempre con los ojos posados en el viejo continente como modelo y parámetro de todas las cosas. El tono del célebre escritor argentino se torna melancólico hacia el final de sus artículos, cuando destaca que “el alud catastrófico [la revolución del Parque de 1890] arrastró con él a la generación porteña del 80”.<sup>11</sup>

En 1945 apareció una *Historia de la literatura argentina* de Arturo Giménez Pastor –autor del breve artículo ya comentado de 1926–, quien se desempeñaba en ese momento como profesor de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En esta obra, propone una definición de corte nítido y novedoso para la generación estudiada y destaca: “se designa como generación del 80 la que sintió ese descontento y esa inquietud disconforme propia de los periodos de transición en el que lo

que fue ya no es y lo que ha de ser tropieza con lo que va dejando de ser”.<sup>12</sup> Lo interesante de esta definición es que el periodo abierto en 1880 –hoy indiscutidamente presentado como el de el apogeo y la modernización de Argentina– aparece pensado como una etapa de transición y de incertidumbre de la que los escritores habrían dejado variadas muestras. Lo que aún no había desaparecido en ese contexto histórico, desde la perspectiva de este autor, eran las “ruinas castizas” que chocaban con el afán europeizante de los hombres públicos del periodo y que provocaban descontento e inquietud en los hombres públicos de la época. Así, la *generación del 80* es caracterizada como un grupo de displicentes poco productivos en lo que concierne a lo literario: “parece caracterizar a esa generación no lo que hizo, sino lo que dejó de hacer”.<sup>13</sup>

A esta última idea propuesta por Giménez Pastor, que delinea la intrascendencia de la generación que nos concierne, puede sumarse la mirada de Manuel Gálvez, quien en 1944 propone una denominación llamativa: “la famosa generación decapitada”. La caracterización aparece justificada por el temprano fallecimiento de varios de sus integrantes entre los que el autor de *La maestra normal* anota a Miguel Cané, Lucio V. López y Carlos Pellegrini. Cabe señalar que Gálvez destaca que este conjunto humano: “no fue una generación de escritores sino de políticos, de abogados, de oradores, que escribían algo allá a las cansadas”.<sup>14</sup> Señala, además, que había sido mucho más importante y relevante para el desarrollo de la cultura na-

<sup>12</sup> Giménez, *Historia*, 1945, p. 303.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 377.

<sup>14</sup> Gálvez, *Recuerdos*, 2002, p. 61.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 144.

cional la generación de *El Mercurio de América* (publicación dirigida por Eugenio Díaz Romero entre 1898 y 1900), hoy prácticamente olvidada. Claro que estas apreciaciones se encuadran dentro de una operación autoconsagratoria de Gálvez, que considera que la primera generación de escritores argentinos de valor destacable era la suya, pero no por eso dejan de ser indicativas.<sup>15</sup>

De este modo, podemos ver en el panorama hasta aquí esbozado que ya hacia 1920 se empezaban a delinear algunas definiciones para la *generación del 80*. El criterio generacional parecía ser utilizado en forma exclusiva por los estudiosos provenientes de la literatura o de la historiografía literaria quienes, por su parte, no pensaban la expresión como única ni unívoca, dado que convivía con otras. En los escritos de Rohde, Rojas, Giménez Pastor y Mujica Láinez revisados, la agrupación del 80 aparece caracterizada como un conjunto de hombres cuyo rasgo característico fue el manejo de la pluma en diversos géneros. Sólo Gálvez postulaba en 1944 la idea de que este grupo estaba definido por rasgos extraliterarios. En el resto de los textos aparecen mencionados algunos personajes ligados más estrechamente con la política que con el universo letrado, como Delfín Gallo y Carlos Pellegrini, pero no se hace hincapié en sus papeles políticos, sino más bien en las coincidencias vinculadas con las prácticas y las costumbres compartidas con el resto de los protagonistas mencionados. Por su parte, en el terreno de la flamante historiografía argentina la expresión generacional no

gozaba aún de una difusión extendida, como lo muestra la obra de Carbia.

En lo que respecta concretamente a la evaluación de los rasgos destacables de los hombres públicos del 80, puede sostenerse que en la mayoría de los textos revisados el grupo es visto no como una camada de protagonistas que marcaron contundentemente el devenir histórico argentino, sino más bien como un clan que actuó por una inercia fuertemente condicionada por las ideas y las acciones de sus antecesores y de sus ancestros. Así, las metáforas familiares utilizadas colocan en un plano secundario de la historia del país a “los hijos” o a “los príncipes”. Estos hombres –caracterizados prácticamente con el estigma de los postergados– y sus acciones no aparecen fuertemente vinculadas con los proyectos de transformación política, social, cultural y económica de la Argentina del pasaje del siglo XIX al XX. Su papel histórico aparece evaluado, en cambio, en términos de inactividad y de pasividad, actitudes que los habrían condenado a un confinamiento signado por la frivolidad de las costumbres. En este sentido, el prototipo que se recorta más nítidamente de las caracterizaciones propuestas es el del *provisista diletante porteño* con ansias de europeizar sus hábitos y sus modales (el personaje más recurrentemente referido para definir este perfil es Miguel Cané).

Otro es el registro que se delinea en las páginas de los ensayos de Juan Agustín García y Ezequiel Martínez Estrada mencionados. Puede afirmarse que en ellos comenzó a delinearse una lectura crítica de las acciones de la generación que condujo los destinos del país hacia 1880, pero pasarían algunas décadas para que esta lectura asumiera un tono condenatorio más claro y sistemáticamente presentado.

<sup>15</sup> Véase Sarlo, “Estudio”, 2002, pp. 9-28.

## 1950-1970: LA GENERACIÓN DE CONSTRUCTORES DEL ESTADO Y LA NACIÓN

En esta segunda etapa que delineamos, abierta hacia la década de 1950, parecen convivir interpretaciones de signos muy diversos sobre la *generación del 80*. Mientras que algunos de los textos consultados se pueden inscribir en un registro descriptivo e indefinido, similar en sus lineamientos generales al de la etapa anterior, otros comienzan a dotar de una connotación nítida a la mencionada camarilla y a sus legados.

En el primer sentido, pueden inscribirse los recuerdos narrados en el anecdotario de Carlos Ibarguren publicado en 1954. Desde su perspectiva, el siguiente elenco: Lucio V. López, José Manuel Estrada, José María Ramos Mejía, Eduardo Wilde, Aristóbulo del Valle, Miguel Cané, Pedro Goyena, Carlos Pellegrini, Roque Sáenz Peña y Paul Groussac, conformó: “esa generación [que], en su mayoría, fue de escépticos y de materialistas, cuyo pensamiento seguía la acción cambiante y apresurada de un país en formación y de una sociedad que evolucionaba”.<sup>16</sup> Entre otros rasgos, Ibarguren destaca la existencia de este grupo de hombres como un fenómeno netamente porteño: “esa generación del 80 constituyó en Buenos Aires un grupo selecto de refinada expresión intelectual, que ha dejado una huella luminosa para la historia de la cultura y la política argentinas”.<sup>17</sup>

Pero si, en líneas generales, la caracterización de la *generación del 80* propuesta en estas memorias es escueta y no presenta rupturas significativas en relación con las

anteriormente revisadas, apenas tres años después irrumpía en el escenario editorial una mirada controvertida sobre el mismo grupo; nos referimos a la caracterización propuesta por Jorge Abelardo Ramos. En su *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Ramos abrió fuego con una provocadora afirmación: “algún desaprensivo crítico llegará a decir, ignorante de la materia que trata: ‘*Los hombres de 1880 no hicieron nada importante*’.” Señala que esta fama había sido propagada por “el sector cipayo de nuestros historiadores”, que pretendía ocultar que el mayor esplendor intelectual de la historia argentina se forjó en esa época. Destaca, además, que este grupo habría sido descalificado mientras sólo se resaltaban sus rasgos simpáticos y se delineaban perfiles de figuras frívolas y fanatizadas con Europa. En contraposición, postula la siguiente afirmación:

¿Europea la generación del 80? Esa generación es quizás la única verdaderamente argentina, en el sentido de que obró y pensó en las condiciones creadas por la unidad política del joven Estado conquistado por el roquismo. Era una generación nacional en la que ya empezaban a borrarse los particularismos del viejo duelo entre provincianos y porteños. La derrota del mitrismo porteño abrió un ancho cauce a la propagación de una literatura y una conciencia genuinamente argentinas.<sup>18</sup>

Ramos asevera que los hombres de la *generación del 80* habían encontrado en el “régimen roquista” el apoyo y el estímulo necesarios para su desempeño y, en consonancia con esta apreciación, aparece por primera vez una afirmación enérgica acerca

<sup>16</sup> Ibarguren, *Historia*, 1969, p. 56.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>18</sup> Ramos, *Revolución*, 1973, p. 160.

del indiscutido “carácter nacional de la generación del 80”. En los textos de las décadas anteriores estaban presentes sólo las referencias a las intenciones europeizantes de los hombres públicos del 80, o a sus preferencias por tradiciones y autores extranjeros como datos prácticamente excluyentes, la toma de posición de Jorge Abelardo Ramos, en cambio, intenta afirmar que esa generación estaba constituida por un grupo de intelectuales que habían apuntalado con el prestigio europeo un proyecto realmente nacional propulsado por el roquismo.

Tres rasgos se destacan de la lectura de Ramos. En primer lugar, el autor propone una imagen dinámica, activa y comprometida de estos hombres con el devenir de su país, ausente en interpretaciones, como las de Mujica Láínez, Giménez Pastor y Manuel Gálvez, ya presentadas en la sección anterior. A su vez, coloca en el centro de la escena histórica a esta agrupación con ideales transformadores, sin condenarla al lugar de una “generación hija”. Y, como remate argumentativo, Ramos dota de un carácter nacional a esta agrupación, en un doble sentido: por un lado, ya no sólo es considerada como un síntoma del clima de época porteño, sino también como una agrupación con proyección geográfica nacional; en el segundo sentido, en contra de la idea de la europeización radical, se reivindica a los hombres de esta generación como enérgicos constructores de una identidad nacional.

Mientras que desde espacios de producción extraacadémicos y fuertemente connotados surgían representaciones como la propuesta por Jorge Abelardo Ramos, en el marco más institucionalizado de la producción de conocimiento difundido en las universidades, la caracterización de la

generación argentina de 1880 corría una suerte diferente. Inscrito en una propuesta de renovación de los estudios vinculados con el pensamiento y la cultura argentina<sup>19</sup> (propulsada, según señala Arturo Roig, por una Reunión de Decanos de las Facultades de Humanidades que tuvo lugar en 1953), hacia 1957 se publicó un texto de Norberto Rodríguez Bustamante en el que se consideraba a la *generación del 80* como: “la primera generación argentina que pone en su vida y en sus obras ese nuevo espíritu que surge en el 53”.<sup>20</sup>

Lo más novedoso del aporte de Rodríguez Bustamante es que divide al grupo que nos interesa en segmentos que responden a matrices disciplinares o a actividades concretas. Así, propone la siguiente cuatripartición: *a*) científicos (Florentino Ameghino, Pedro Scalabrini, Francisco Pascasio Moreno); *b*) historiadores (Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía, Adolfo Saldías y Paul Groussac); *c*) literatos (Miguel Cané, Lucio V. López, Eduardo Wilde); *d*) políticos (Carlos Pellegrini, Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Julio A. Roca, Miguel Juárez Celman). Además, el autor coloca en una vereda opuesta a la de estos subgrupos a personajes que habrían conformado un frente “tradicionalista y católico” (Pedro Goyena, José Manuel Estrada, Miguel Navarro Viola y Tristán Achával Rodríguez).

Luego de las aclaraciones y de la tipología, Rodríguez Bustamante pasa a encarar el objetivo principal de su artículo: analizar las ideas pedagógicas de la *generación del 80*. En este sentido, se preocupa por destacar que la expansión de un ideario signado por el positivismo, que en sus

<sup>19</sup> Roig, “Tres”, 1990, p. 538.

<sup>20</sup> Rodríguez, “Ideas”, 1957, p. 89.

palabras debe pensarse como un “fenómeno colectivo”, produjo una ruptura con la tradición nacional de raíz hispánica, terminando de erradicar los vestigios de la dominación colonial. Desde su perspectiva, el positivismo en las ideas se habría convertido rápidamente en un positivismo en los hechos, cristalizado en las medidas de secularización de la vida social, con una muestra indiscutida en la promulgación de la Ley 1420.

Al mismo tiempo que textos como los de Jorge Abelardo Ramos y Norberto Rodríguez Bustamante, con distintas intenciones y expectativas, intentaban dotar de ciertos contenidos a la definición de *generación del 80*, otras producciones publicadas en la década de 1950 tuvieron como fin primordial el de reencuadrar a la agrupación en el plano de la intrascendencia. Así, en 1959, el escritor argentino Rodolfo Borello proponía como objetivo de un artículo identificar los rasgos precisos de origen y ubicación social de los hombres públicos del 80 (refiriéndose a Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Bartolomé Mitre, Rafael Obligado y Eugenio Cambaceres) y, sobre la base de esa información, dar cuenta de los perfiles obvios y poco interesantes de estos personajes. Señala, como primer dato, que habían nacido en cuna patricia, o eran descendientes de viejas familias argentinas o extranjeras instaladas en el país desde varias generaciones atrás. Acto seguido, el autor marca que, por esta característica de su nacimiento, estos personajes se sintieron parte de la clase dirigente argentina asumiendo los asuntos del país como si fuesen cuestiones de familia. Sin embargo, pese a la necesidad prácticamente innata de alcanzar el poder que manifestaban, la mayoría de ellos no pudo

ocupar un papel político destacado y estuvo condenada a ser víctima de fracasos y frustraciones varias.

Asumiendo un tono fuertemente psicologizante, Borello destaca que esta angustiante realidad de los hombres públicos del 80 los habría lanzado a abarcar una multiplicidad de actividades sin estar capacitados para cumplir en forma sistemática ninguna de ellas; por consiguiente, los prototípicos perfiles multifacéticos de esta generación serían fruto del efecto indeseado de su insatisfacción. En el mismo registro de comentarios, el autor señala que la literatura se convertía en una válvula de escape por medio de la cual “sublimar ambiciones fracasadas”.

De esta perspectiva, surge una imagen con nitidez: los hombres del 80 habrían sido los “hijos débiles” de la generación anterior, no habían estado a la altura de la grandeza de sus padres —prohombres de la patria— y no merecían la portación de apellidos ilustres. Así, la intención de continuar con la obra histórica heredada se habría convertido en una pretensión imposible de concretar por la *generación del 80*; el escritor remata: “en la vida recibieron las migajas de un festín que legalmente les pertenecía, pero que no lograron ganar por su propio esfuerzo. Estaban cansados de la enorme tarea cumplida por sus padres.”<sup>21</sup>

En sintonía con los argumentos de Borello, en el mismo 1959 el historiador Enrique Barba publicó un artículo en el que señala que, pese a que la *generación del 80* tuvo a su cargo la vida del país hacia fines del siglo XIX, fue una “generación hija” de la anterior, tanto en su ideología como en sus prácticas. Sin embargo, los rasgos

<sup>21</sup> Borello, “Escritores”, 1959, p. 36.

resaltados por Barba no responden a especulaciones psicológicas y se basan principalmente en la idea de que esta generación contaba con un proyecto modernizador destinado a perecer por la ausencia del apoyo popular a este. Así, en su suerte histórica habría tenido predestinado su propio final trágico en la revolución del 90, que desde la perspectiva del historiador llegaba para sacudir los cimientos elitistas y reponer como valor fundamental las necesidades reales del pueblo. Barba afirma:

En esto reside la radical frustración política de los hombres del 80. Su tarea ha quedado como un programa trunco que aún corresponde realizar. Su fe en los destinos del país, su incansable laborar a favor del pueblo no bastaban para llevar a la Argentina a la realización de su destino. Era necesario creer firmemente en el pueblo, acercarse a él, sacar nuevas fuerzas de él.<sup>22</sup>

En otro tipo de registro pueden ubicarse dos famosas historias generales de la literatura, una de Hispanoamérica y otra de Argentina, publicadas en la década de 1950. Ambas se limitan a dar coordenadas generales sobre la *generación del 80*. Mientras que Roberto Giusti, en su artículo que compone la *Historia de la literatura argentina* de Rafael Arrieta publicada en 1959, señala algunas características generales y se encarga de apuntar que el rasgo principal de la *generación del 80* es que sus hombres no responden sólo al perfil de literatos, sino que exceden las fronteras de la escritura para invadir con sus acciones todos los campos de la vida nacional. De este modo, el autor destaca que fue una gene-

ración transformadora que “habría de renovar también la novela entre tantas otras cosas: concepto de vida, instituciones, costumbres sociales”.<sup>23</sup> Son cuatro los personajes que Giusti señala como los prototipos de la *generación del 80*: Miguel Cané, Paul Groussac, Lucio V. Mansilla y Eduardo Wilde. Mientras que destaca que si bien, por sus edades y origen social, habría otros nombres que podrían ser sumados al elenco, la operación se dificultaba dado que estos tenían un atributo negativo: “el reloj les marchaba atrasado” (se refiere sobre todo a Pedro Goyena y José Manuel Estrada) y, por este motivo, no estaban a tono con la tradición liberal y democrática que enarbolaban sus pares.

En un tono de apreciaciones distinto, Giusti acentúa que la *generación del 80* fue eminentemente europeísta pero que este no era rasgo distintivo ni original ya que seguían los caminos ya transitados por los hombres de la Revolución de Mayo y los de la Joven Argentina. Desde la perspectiva del fundador de la revista *Nosotros*, en cierto sentido, enarbolaban las banderas de lo europeo era parte de un programa de los hombres públicos del 80, el de cumplir el objetivo de: “barrer los resabios del gauchismo en el pueblo, las mezquinas querellas políticas aldeanas y las glorias prosperadas a la sombra de la ignorancia”.<sup>24</sup>

La segunda obra a la que nos referimos es la *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert, publicada por primera vez en 1954. En este texto panorámico y general, el autor se limita a señalar que los hombres de la *generación del 80* (caracterizada como la de los naci-

<sup>22</sup> Barba, “Significación”, 1959, p. 48.

<sup>23</sup> Giusti, “Prosa”, 1959, p. 369.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 371.

dos entre 1835 y 1855) conocieron y practicaron, con matices diversos, dos modas estético-literarias francesas: el parnasianismo y el naturalismo. Menciona entre los personajes descollantes del grupo a Santiago de Estrada, Lucio V. López, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Paul Groussac y Eugenio Cambaceres.

Consideramos que fue ya en la década de 1960 cuando cristalizó una representación de la *generación del 80* destinada a perdurar. En el transcurso de la misma, se unieron, hasta superponerse y confundirse, concepciones y categorías que se habían mantenido en carriles paralelos en las décadas anteriores. Cuatro producciones, disímiles por sus características, sus objetivos y sus marcos disciplinares, confluyeron en el momento de la configuración de una idea con rasgos nítidos. Los autores que marcan esta tendencia son Thomas McGann (1960), David Viñas (1964), Noé Jitrik (1968) y Ezequiel Gallo, Oscar Cornblit y Alfredo O'Connell (1962). Desde nuestra perspectiva, cada uno de los escritos producidos por estos autores aportó trazos sustanciales para delinear una definición de la *generación del 80* que se mantuvo a lo largo del tiempo.

En la obra de Thomas McGann, cuyo objetivo es dar cuenta de las relaciones entabladas entre Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano en el pasaje del siglo XIX al XX, se hace presente desde el principio una definición clara de lo que el autor considera como la *generación del 80*: “un grupo dirigente de terratenientes y de abogados, de mercaderes y de estadistas [que] construyó la Argentina del siglo XX”.<sup>25</sup> Puede sostenerse que dentro

del análisis del autor la *generación del 80* está pensada como el elenco político que rodeó a Julio A. Roca, que llevó adelante: “el nuevo liberalismo [que] ya no era una doctrina radical, sino un escudo protector de los privilegios de una aristocracia”.<sup>26</sup>

McGann se refiere una y otra vez a la “aristocracia argentina”, a la “casta dominante cerrada” y a la “oligarquía argentina” como sinónimos de *generación del 80*. Entre los personajes sobresalientes que menciona se encuentran: Eduardo Wilde, Carlos Pellegrini, Martín García Mérou y Lucio V. Mansilla. Mientras que el prototipo del hombre de esta generación es, desde su óptica, el autor de *En viaje*:

Miguel Cané sobresalió entre los hombres de la clase superior de la Argentina que alternaban entre la vida pública y los estudios literarios [...] La vida pública de Cané encierra esa íntima relación entre la política y las letras que caracterizaba a los aristócratas liberales de esa época y que aún se la encuentra en América Latina en alto grado.<sup>27</sup>

La trayectoria vital de Cané habría cumplido con todas las postas clásicas del *curriculum vitae* de la “aristocracia argentina”, según McGann: hijo de padre exiliado durante la dictadura rosista, estudios en el Colegio Nacional, graduado como abogado en la Universidad de Buenos Aires, periodista de diarios porteños prestigiosos, diputado, director de Correos y Telégrafos, ministro, senador, diplomático, redactor de la Ley de Residencia y, como digno final, enterrado en el cementerio de la Recoleta.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 73.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

<sup>25</sup> McGann, *Argentina*, 1960, p. 9.

Los trazos propuestos por el historiador estadounidense conducen de manera directa a la idea de que en el prototípico hombre del 80 se superponían las características de un intelectual con las de un político: “para los argentinos de esa generación el vínculo entre la pluma y el poder del Estado no significaba entretenerse alternativamente en dos aficiones. Era un trabajo serio, como el mismo Cané lo demostró en 1902.” Y en el mismo tono apunta: “la Argentina no tuvo una clase definitivamente intelectual en las dos últimas décadas del siglo pasado. La literatura y las profesiones liberales se encontraban en manos de la aristocracia.”<sup>28</sup>

Por su parte, se encarga de destacar que estos personajes conformaban una casta ensimismada regida por pautas de conducta y hábitos precisos:

Los aristócratas argentinos estaban ligados por la sangre, la historia y la vida rutinaria que llevaban. Los mismos caballeros que por la mañana descabezaban un sueño durante el *Tè Deum*, sentados en su silla de felpa roja, colocadas en dos filas, frente a frente, a lo largo de la nave principal de la catedral, y que se saludaban ceremoniosamente cuando sus carruajes se cruzaban por la tarde en Palermo, esa misma noche cenaban y bebían juntos en el elegante Jockey Club y continuaban sus discusiones a la mañana siguiente en los salones de uno de sus otros dos clubes: el Congreso de la Nación o la Bolsa de Valores.<sup>29</sup>

McGann propone, de este modo, un perfil sociológico claro y contundente de los que caracterizaba como los típicos

miembros de la aristocrática *generación del 80*. Su propuesta encontró ecos ampliados. Dos obras fundamentales de la década de 1960, en tanto renovaron profundamente las formas de hacer crítica literaria en Argentina, presentan en sus páginas elementos ya esbozados en los textos del historiador estadounidense. Hacia 1964 se publicaba el hoy célebre y reeditado (con una variación en el título), *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas. En el tomo titulado *Apogeo de la oligarquía* aparecen condensadas las ideas del autor acerca de los hombres del 80, especialmente en dos de sus parágrafos: “Mansilla: clase, público y clientela” y “Los *gentlemen*-escritores y la profesionalización de la literatura”. Viñas acuñó allí felices rótulos, entre los que sin duda sobresale el de *gentleman*-escritor. Además, retomando las ideas clásicas de Ricardo Rojas sobre el fragmentarismo de los escritos de estos personajes, sublimó perfiles que delineaban en forma atractiva las trayectorias intelectuales de diversos protagonistas del mundo de las letras en el pasaje del siglo XIX al XX, como el del “causer” o el del “viajero-estético”.

En las páginas dedicadas a Mansilla el autor traza un perfil de los hombres públicos del 80 por medio del rastreo atento de ciertos gestos repetidos en los textos del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, y propone pautas interpretativas contundentes sobre distintos tópicos. Así, por ejemplo, sobre la idea de la naturalidad con la que destacados personajes del período asumían su predominio en los destinos del país destaca: “nada de extrañío tiene, pues, que en la perspectiva de Mansilla como en la de los otros *gentlemen* del 80 oligarquía y ‘alma nacional’ se identifi-

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 80-81.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 83.

quen”.<sup>30</sup> Por su parte, y en el mismo tono que McGann, Viñas se encarga de puntualizar la idea de la existencia de una casta que practicaba ciertos rituales:

El *gentleman* escritor habla para los de su clase, escribe para ellos, convive con ellos en recintos con determinadas características: desdeñoso de la plaza y la tribuna (o temeroso e inseguro, pero haciendo de la necesidad una virtud) el *gentleman* del 80 opta de manera creciente por el Parlamento o el club; lógicamente, el primero entendido como otro club; esa es su zona de dominio indiscutida, homogénea y de repliegue y allí se reencuentra con sus iguales y sus garantías.<sup>31</sup>

En consonancia con estas apreciaciones, David Viñas postula la existencia de una “elite intelectual argentina tan homogénea como lúcida y despiadada hasta la complacencia” que comparte sus rasgos con los hombres de la política.<sup>32</sup> Sin embargo, y este es un tópico de su obra que ha sido escasamente atendido —y hasta ignorado—, refiriéndose a Mansilla, Cané y Wilde, arriba a la conclusión de que ellos habrían tenido un lugar secundario en relación con los hombres de las primeras líneas políticas del periodo:

Las relaciones de los arquetipos intelectuales del 80 con el grupo gobernante que pertenecen a ese grupo pero viven marginalmente, su proximidad a Roca o Pellegrini pero sin participar de su ejecutividad, el sentirse superiores pero condenados a segundones por esa misma causa, en la misma proporción explica su estilo, sus reticencias, su soledad,

<sup>30</sup> Viñas, *Literatura*, 1975, p. 25.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 102.

su elegíaca vuelta hacia el pasado y su ropa, se ligan con sus funciones, su ocio, su aburrimiento y la convicción de su fracaso.<sup>33</sup>

De este modo, cercanas a las afirmaciones de McGann en varios puntos que se dejan ver al confrontar las frases anteriormente citadas de ambos autores, las postulaciones de Viñas se distanciaban de las propuestas por el historiador estadounidense en lo que respecta a la indiferenciación absoluta entre hombres preeminentes del régimen político y hombres públicos que ocuparon cargos políticos. Por su parte, el lugar atribuido por Viñas a los “segundones” repone miradas presentes en varios de los textos que hemos ya mencionado y coloca en una segunda fila a ciertos letrados que, aunque ocuparon espacios vinculados a la política, se mantuvieron en una posición de inferioridad en relación con los hombres políticos de acción. Una misma clase social, entonces, desde la perspectiva de Viñas, podía presentar fragmentaciones y perfiles disímiles en su interior.

A diferencia de esta matizada apuesta interpretativa, la mirada propuesta en un texto de 1967, cuyo autor es el escritor Mauricio Lebedinsky, retomaba fuertemente la caracterización de McGann pero proponiendo una visión de la *generación del 80* ligada al concepto de “intelectuales orgánicos” de Antonio Gramsci. El autor describe a los hombres de letras del 80 como un grupo de jóvenes que se acercó a la oligarquía y que supo dotarla de una ideología liberal sólida convirtiéndose así en mentora de un régimen político.<sup>34</sup>

Ya en 1968, Noé Jitrik publica *El 80 y su mundo*; allí se refiere a la *generación del*

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 102-103.

<sup>34</sup> Lebedinsky, *Década*, 1967, pp. 75-87.

80 como el grupo de dirigentes políticos e ideológicos del liberalismo roquista. Estos hombres habrían ejecutado un plan renovador en tres frentes: el político, el social y el económico. Respondían, desde la perspectiva del autor, a algunas categorías principales: la del *político* y la del *codificador*, principalmente, mientras que la categoría de *intelectual* funcionaba como un añadido que se vinculaba a otros atributos o a otros oficios considerados trascendentes en la época. Pese a ello, Jitrik destaca que la literatura tenía una carga sumamente ideologizada y que podría considerarse esta etapa como la del surgimiento de una "literatura oficial", que tuvo como finalidad principal respaldar el orden impuesto, colaborar con el mismo y convertirlo en "homogéneo y perfecto".

Desde la perspectiva propuesta por el destacado crítico literario argentino, la identidad de esta generación estuvo dada por la existencia de un sentimiento de superioridad basado en el autoconvencimiento que este grupo poseía a la hora de asumir que su destino era cumplir una *misión*. En función de este objetivo, la distinción social habría actuado como un rasgo que se exteriorizó en signos emblemáticos que permitieron a los hombres del 80 consolidar una imagen de sí mismos ante el resto de la sociedad: "la distinción engendra un tipo social muy característico del 80, el 'dandy', y un ámbito adecuado, el 'club'".<sup>35</sup> Así, el autor postula que hacia fines del siglo XIX se produjo una superposición entre las características atribuibles a la *generación del 80* y los rasgos de toda la literatura del 80, y justifica este hecho señalando que la escritura fue un

rasgo sobresaliente de la expresión política de los hombres de esta época.

Apenas un año después de la aparición del texto de Jitrik, los autores de dos tomos de una *Enciclopedia de literatura argentina* retomaban y fusionaban las ideas principales de McGann, Viñas y del último autor comentado pero, al tener la publicación una finalidad pedagógica y un formato sintético, presentaban ciertos argumentos extremándolos y simplificándolos notablemente. Los autores de estos volúmenes asumen acríticamente que el concepto de *generación del 80* debe utilizarse en la totalidad de las investigaciones que abordan aspectos de la realidad nacional y que responde a la caracterización de un grupo de hombres que en las dos últimas décadas del siglo XIX se ocupó simultáneamente de consolidar el carácter agroexportador del país, de darle el andamiaje jurídico y de ejercer la literatura en todas las variables concebibles, desde el periodismo hasta la novela, pasando por todas las posibilidades intermedias.

Así, estos actores históricos del 80 responderían al perfil de "representantes jóvenes de la clase gobernante que fundamentan su poder en la tenencia de la tierra", pretendiendo conducir al país por el camino del progreso. A su vez, los autores destacan que para cumplir con esta tarea ocuparon todos los espacios del quehacer ideológico con los objetivos de prevenir la competencia y de eliminar la oposición.

Desde la perspectiva de los responsables de estos volúmenes, la clase social a la que pertenece la *generación del 80* estaría conformada por la fusión de la "burguesía mercantil porteña" con la "burguesía ganadera de la provincia de Buenos Aires".<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Jitrik, *Mundo*, 1998, p. 69.

<sup>36</sup> González et al., 80, 1969, t. I, p. 9.

Esta clase surgida de una conciliación habría respondido al roquismo, considerado un régimen indiscutiblemente aristocratizante. A su vez, la literatura habría funcionado como una herramienta insuperable para configurar una visión monolítica del mundo, con un grado de coherencia extraordinario, que definió la ideología de esta clase, caracterizada como homogénea ideológicamente y autoritaria políticamente.

Vemos, entonces, que en el terreno de la crítica literaria las visiones sobre la *generación del 80*, postuladas en la década de 1960, venían a reformular ideas y a aportar nuevos elementos a las caracterizaciones más bien generales configuradas en los años anteriores. Tanto David Viñas como Noé Jitrik encabezaron en el ámbito de la crítica literaria argentina una renovación que se puede parangonar con la que entre las décadas de 1950 y de 1960 se produjo en los ambientes ligados a la historia y a las ciencias sociales en Argentina, etapa que ha sido rotulada en forma consensuada como “la renovación de los años sesenta”.<sup>37</sup> Dentro de los marcos disciplinares de la historia, las miradas sobre la *generación del 80* postuladas en este clima de ideas, aparecen proyectadas en dos aportes de características diferentes.

En 1962 se publicó por primera vez un artículo de Cornblit, Gallo y O’Connell que enarbolaba, desde su título, la pretensión de analizar el proyecto de la generación que nos atañe. Los autores señalaban que se proponían describir: “el contorno real en el que se desarrolló la práctica política de la generación del

80”.<sup>38</sup> Plantean también que “la coalición política que promovió al general Roca a la primera presidencia estuvo integrada por corrientes dispares y encontradas que hacen difícil su caracterización”,<sup>39</sup> y señalan las dificultades para interpretar un programa de gobierno de esta coalición, dada la fragmentación de la producción político-intelectual de la época.

A lo largo del artículo, el concepto de *generación del 80* aparece en el mismo registro que el concepto de *elite*, sin mayores precisiones, y se considera que en 1880 se conjugaron dos elementos clave para el desarrollo del país: por un lado, la configuración de ciertas condiciones estructurales e institucionales y, por el otro, la voluntad explícita de un grupo que pretendía llevar a la práctica un proyecto para acelerar los ritmos de desarrollo.

Tres años después, el mismo artículo aparecía compilado en el volumen que se ha caracterizado como uno de los hitos clásicos de la renovación de los años sesenta: *Argentina, sociedad de masas*. En esa ocasión, Tulio Halperin Donghi se refería a la intención de los autores en los siguientes términos:

se proponen plantear un problema que va más allá de la valoración de los hombres de 1880; se trata de saber si el proceso de vertiginoso crecimiento que comienza en esa fecha y que sólo aparentemente se detiene con la crisis de 1890 es el fruto de la acción deliberada del grupo político que en esa fecha entra a manejar el país. Los autores, que parecen haber llevado como hipótesis previa

<sup>37</sup> Sobre este tema pueden verse Devoto, “Estudios”, 1994, pp. 30-49, y Spinelli, “Renovación”, 1994, pp. 50-68.

<sup>38</sup> Cornblit, Gallo y O’Connell, “Generación”, 1962, p. 5.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 30.

una respuesta afirmativa, concluyen por darla más matizada.<sup>40</sup>

Así, puede verse que la fuerte apuesta interpretativa que apuntaba a señalar la existencia de un proyecto definido por intelectuales y políticos para modernizar al país queda, tanto en las conclusiones del texto mismo como en el comentario de Halperin Donghi, desdibujada o, al menos, relativizada por varias explicaciones, entre las cuales se destacan las ya mencionadas, relacionadas con las dificultades para reconstruir una interpretación sobre la base de las fuentes disponibles que permitan rastrear la existencia de un programa o un plan sistemáticos.<sup>41</sup>

El otro aporte destacado de la década de los sesenta, en lo que respecta a la disciplina histórica, es el libro de José Luis Romero publicado en 1965: *El desarrollo de las ideas en la Argentina del siglo XX*.<sup>42</sup> El primer capítulo de este volumen está destinado a “la obra de la generación del 80” y, como en el caso del texto de Gallo, Cornblit y O’Connell, el historiador argentino destaca que este grupo es el que se desarrolló alrededor de Julio A. Roca. Las acciones de la *generación del 80* habrían estado signadas por un progresismo liberal

que dejó su huella en la política, la economía y el mundo de las letras.

Romero destaca que durante más de dos décadas la *generación del 80* imprimió su signo en la vida nacional y que logró plasmar un “sentimiento colectivo” al enarbolar la esencia del espíritu de la época. La acción de esta generación, sin embargo, no habría respondido a un proyecto o a un plan sistemáticos, sino que habría estado acompañada por cierto conformismo cómodo:

la nueva oligarquía se dejó mecer indolentemente por la vida porque dio por sentado que el proceso que sus padres habían desencadenado y guiado correspondía a la naturaleza de las cosas y no necesitaba la constante corrección del rumbo.<sup>43</sup>

Entre los rasgos relevantes de este grupo, el historiador argentino pone de relieve su adhesión a las ideas positivistas en boga, la construcción de una identidad de grupo ligada a sentimientos de casta (llamada “nueva oligarquía”), que encontraba su explicación en la condición de “herederos” de padres ilustres.

En lo que respecta al ámbito de las ideas, el autor señala que detrás de la “filosofía espontánea de la vida” de esta camada de personajes descansaba “un sistema de ideas de arraigada tradición intelectual”.<sup>44</sup> Acto seguido, se encarga de puntualizar que las influencias más novedosas y profundas de los hombres de esta época fueron el positivismo y el evolucionismo darwiniano y se refiere a la rápida difusión de las ideas científicas en diversos ámbitos.

<sup>40</sup> Halperin, “Introducción”, 1965, p. 12.

<sup>41</sup> Años después, uno de los autores del afamado artículo, Ezequiel Gallo, realizó una autocritica en relación con la idea de pensar en la existencia de un proyecto generacional sistemático, además de apuntar una serie de falencias metodológicas que desde su perspectiva presentaba el texto comentado. Véase Gallo, “Historiografía”, 1990, p. 330.

<sup>42</sup> Pese a que la obra apareció en 1965, venía gestándose desde comienzos de la década de 1950. Así lo destaca Luis Alberto Romero, véase “Nota preliminar” en Romero, *Desarrollo*, 1987, p. 7.

<sup>43</sup> Romero, *Desarrollo*, 1987, p. 18.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 23.

Sobre el mapa de contribuciones apenas trazado pueden fundamentarse algunas reflexiones. En primer lugar, es preciso destacar que la *generación del 80* pasó a ser objeto de interés de una gran variedad de autores inscritos en distintos marcos disciplinares, pero también ubicables en franjas muy disímiles del espacio intelectual argentino configurado en estas décadas. Así, no solamente hay una mayor cantidad de estudios que se ocupan del tema durante estas décadas sino que también se multiplicaron los ángulos de observación y las conclusiones. De este modo, el objeto *generación del 80*, que parecía haber despertado el interés principalmente en escritores, historiadores de la literatura y críticos literarios en la etapa marcada en el párrafo anterior, pasa a ocupar un lugar bastante visible en los aportes historiográficos que anteriormente habían relegado la posibilidad de pensar en términos generacionales el periodo del pasaje del siglo XIX al XX. Sin duda, el texto de Thomas McGann publicado en 1960 marcó un hito fundamental en las formas de repensar el papel de la *generación del 80* en los distintos terrenos disciplinares. Mientras que en textos como los de Jitrik, Lebedinsky y Gallo, Cornblit y O'Connell la obra de este historiador estadounidense aparece citada explícitamente, en la prosa de David Viñas pueden percibirse sus marcas.

Un primer rasgo que unifica las contribuciones revisadas, más allá de las fronteras disciplinares, es que en todas ellas aparece esbozada o decididamente sostenida la idea de la superposición de la esfera política con el universo letrado en el pasaje del siglo XIX al XX. En algunos casos se postula la existencia de una identificación absoluta entre ambos ámbitos. Muestra de ello son los rótulos utilizados por varios

autores para caracterizar a los hombres públicos de la época: los "intelectuales aristócratas" de McGann, los "literatos oficiales" de Jitrik y los "intelectuales orgánicos" de Lebedinski. En otros textos, los letrados son vistos como personajes que coqueteaban con el poder buscando un espacio en el rudimentario aparato cultural del régimen político puesto en acción en 1880 —más allá del éxito de estas estrategias— como destaca Viñas. En el marco de otros escritos, la yuxtaposición de ámbitos aparece más ligada a una idea que podría sintetizarse como la de la mutua necesidad de los distintos segmentos de la clase dominante y se aproxima a la naturalización de las estrechas relaciones entre el régimen político roquista y los hombres de letras de la época; es el caso de los aportes de José Luis Romero y de Gallo, Cornblit y O'Donnell.

Por su parte, en los estudios analizados en esta sección se hace manifiesta una intención ausente en las décadas anteriores: la de definir a la *generación del 80* en términos de clase o grupo social. Las diferencias aparecen a la hora de especificar con qué estrato se debe identificar la afamada generación. Mientras que para Jorge Abelardo Ramos esta generación encarnaba los ideales de una verdadera "burguesía nacional",<sup>45</sup> para José Luis Romero era una versión renovada de las clases dirigentes de las décadas anteriores calificable como una "nueva oligarquía". Por su par-

<sup>45</sup> También en la *Enciclopedia de literatura argentina* de 1969 analizada, se asume que la *generación del 80* fue una burguesía nacional surgida de la fusión de burguesías anteriores, sólo que los atributos que se le conceden a ese grupo gobernante se alejan de la idealización de J. A. Ramos y se aproximan a la idea de una clase autoritaria y sólo preocupada por sus propios intereses.

te, miradas más lineales, y en algún punto ahistóricas, optan por el rótulo "aristocracia", entendida como el bloque de políticos-intelectuales que gobernó Argentina desde 1880, muestra de esta elección son los textos de McGann y de Barba.

Otra de las líneas interpretativas que liga los aportes producidos en esta etapa, vinculada fuertemente con las anteriormente mencionadas, puede encontrarse en la intención, algunas veces enunciada y otras sólo implícita, de descubrir y desentrañar el *proyecto*, el *plan*, o la *conspiración secreta* de la *generación del 80*. En todos los casos, parece existir la idea de que hubo un mecanismo oculto que los hombres públicos del período pusieron en funcionamiento con objetivos precisos. Objetivos que, de acuerdo con las diversas interpretaciones que los autores relevados sostienen, van desde las macabras intenciones de una clase de perpetuarse en el poder y subordinar al resto de la sociedad por medio de mecanismos autoritarios hasta las bienintencionadas pretensiones de conducir al país a su modernización total aspirando a difundir las bondades del progreso en sus múltiples manifestaciones. En consonancia con esta búsqueda de móviles y dinámicas ocultas, pueden ubicarse las miradas que acusan de un elitismo desmesurado a una *generación del 80* que llevaba en sus propias entrañas el germen de su desastre. En este último caso, miradas como la de Enrique Barba plantean un elemento novedoso que coloca a la mencionada generación en una perspectiva social más amplia, pensándola como un equipo político carente de perspectivas reales acerca de la sociedad que intentaba moldear.

La suma de estas características permite mostrar que en estas décadas se concretaron varias rupturas en lo que respecta a

las interpretaciones sobre la *generación del 80* anteriormente vigentes, pero también que las formas de evaluar el papel histórico de esta agrupación habían cambiado. Mientras que en el bloque temporal analizado en la sección anterior se evidenciaba que las evaluaciones disponibles minimizaban, en cierto sentido, el protagonismo de la "generación hija", en esta etapa la centralidad de este grupo en el devenir del país no está puesta en discusión, sino más bien exaltada más allá de las connotaciones posibles, en todos los aportes revisados, con la sola excepción del artículo de Rodolfo Borello. De este modo, modernizadores o conservadores, burgueses o aristócratas, improvisados o expertos, los hombres encuadrados dentro del elenco de la *generación del 80* habrían cumplido un papel fundamental signando la historia del país en todas sus esferas.

En otro plano de reflexiones puede sostenerse que la familia de la *generación del 80* creció y se multiplicó dentro de las concepciones difundidas en este período. En varios aspectos se produjeron ensanches del rótulo. Por un lado, hubo una indiscutida incorporación de nombres que ya no sólo respondían al título de prosistas, sino que podían inscribirse ampliamente en disciplinas dispares; la propuesta de Norberto Rodríguez Bustamante es la más sistemática en este sentido. Por otro lado, la ampliación es de corte geográfico, el hecho de pensar a la *generación del 80* como un grupo con proyectos y planes de dimensiones nacionales trajo consigo la enumeración de nombres que ya no eran sólo prototípicos porteños;<sup>46</sup> a su vez, en conso-

<sup>46</sup> Cabe aclarar que el calificativo de porteño se vincula con el espacio en el que los tres hombres más citados por quienes se ocupan de la *generación del 80*

nancia con el cambio ya apuntado que propone una fusión del plano de la cultura con el de la política, el hecho de asimilar a la agrupación que nos concierne con la coalición roquista o con el régimen roquista complicaba la posibilidad de circunscribir sólo a Buenos Aires el desarrollo del fenómeno generacional. Complementariamente, se pensó que, pese a posar sus ojos sobre el viejo continente, este grupo con proyectos de alcance nacional era consciente de su papel histórico de modernizar a Argentina, como puede verse en los textos de Jorge Abelardo Ramos y de Gallo, Cornblit y O'Connell.

Nos interesa apuntar que, además de personajes del resto de las provincias (quizás los más mencionados son Joaquín V. González —nacido en La Rioja—, y, obviamente, Julio Argentino Roca), se incorporaron enfáticamente a las listas presentadas por los autores revisados dos nombres que planteaban ciertas ambigüedades en las caracterizaciones generalmente propuestas. Por un lado, se sumó un extranjero instalado en Argentina definitivamente hacia 1866: Paul Groussac, actor que por su biografía responde más al perfil de un advenedizo que al de los “príncipes” de la “generación hija”.<sup>47</sup> Por otro, Lucio V. Mansilla se convirtió en una figura clave y prototípica entre los hombres del 80, hecho que llama notablemente la atención por dos motivos. En primer término, el

---

desempeñaron su vida pública y no con el lugar en el que estos nacieron, dado que, paradójicamente, los que se consideran los más porteños de todos habían nacido en Tupiza, Bolivia —Eduardo Wilde—, y en Montevideo, Uruguay —Miguel Cané y Lucio V. López.

<sup>47</sup> Sobre el papel de Paul Groussac en la cultura argentina del pasaje del siglo XIX al XX: Bruno, *Paul*, 2005, y *Travesías*, 2005.

personaje pertenece a un segmento etario diferente (nacido en 1831, fue entre quince y 20 años mayor que el resto de los actores que aparecen recurrentemente en las listas de la *generación del 80*). Además, Mansilla es una figura ambivalente en relación con la generación que lideró los procesos de cambio a partir de 1880, tanto por las particularidades de su historia familiar (ligada al pasado rosista, leído en términos de incivilización en el pasaje del siglo XIX al XX) como por las características distintivas de su obra.<sup>48</sup>

#### 1970-1990: REVISIONES Y CONMEMORACIONES

En el transcurso de los 20 años que comprenden el periodo analizado en esta sección, se publicaron los primeros textos evaluativos acerca de las producciones sobre la *generación del 80*. Así, en 1978 Roberto Etchepareborda publicaba un artículo, titulado “La estructura socio-política argentina y la generación del ochenta”, en el que pretendía dar un pronóstico acerca de las contribuciones existentes sobre el periodo que va desde 1880 hasta 1910. El autor apunta que en los estudios históricos sobre esta etapa aparecía generalmente la intención sistemática de buscar explicaciones para “el caso argentino”. Etchepareborda pasa una rápida revista de algunos aportes tipificándolos de la siguiente manera: “equilibrados” (atributo con el que caracteriza la obra de Thomas McGann), “revisionistas” (entre los que

<sup>48</sup> Excede los límites de este trabajo ahondar en el perfil de Lucio V. Mansilla. Puede verse, al respecto, Prieto, *Breve*, 2006, pp. 127-139, y Molloy, “Imagen”, 1980.

menciona a Ezequiel Gallo), “excéntricos” (se refiere particularmente al trabajo de Jorge Abelardo Ramos). Posteriormente, destaca una serie de campos que, desde su perspectiva, habían sido poco explorados hasta ese momento: *a)* las relaciones entre los inmigrantes y los habitantes nativos de Argentina; *b)* la configuración de los elencos dirigentes: el origen social de sus integrantes y sus inserciones sociales, económicas y políticas; *c)* la discusión acerca de la homogeneidad de la clase dirigente argentina; *d)* la verdadera dinámica política del periodo (papel del sufragio, participación política de los sectores populares, las contiendas electorales); *e)* un análisis sistemático de la clase terrateniente.

Dos años después de este primer balance, Natalio Botana y Ezequiel Gallo fueron los autores de un breve artículo, aparecido en un dossier titulado “La generación del 80 ¿Existió?” de la revista *Todo es Historia*, cuyo título era “El ochenta: lo que queda por hacer”. La primera sentencia resume el tono del comentario: “la historia detallada y cuidadosa de lo que realmente ocurrió entre 1880 y 1912, aún no se ha escrito”.<sup>49</sup> Los autores planteaban un recorrido por diversas ramas de la disciplina histórica con el objetivo de mostrar los temas que habían recibido escasa atención. En lo que se refiere a la historia económica, anotan avances en algunos campos pero destacan la ausencia de estudios que profundicen la dinámica económica de las provincias no litorales y de indagaciones sobre el sector industrial. Sobre la historia social, señalan la existencia de ciertas investigaciones relevantes y marcan la escasez de estudios de carácter específico sobre la inmigración que complementen

las visiones generales y de indagaciones sobre casos regionales acerca de fenómenos como la urbanización. En el ámbito de la historia cultural y educativa, postulan dos críticas señalando la desproporcionada atención que han merecido los aspectos ideológicos de la Ley 1420 y condenando el uso indiscriminado del término *positivismo*. Desde la perspectiva de Botana y Gallo, la focalización en estos últimos aspectos, en lo que concierne al plano de lo cultural, habría generado el desconocimiento de otras facetas de las actividades intelectuales y científicas del periodo, conduciendo al desconocimiento de la cultura popular, por ejemplo. Por último, en el ámbito de la historia política, apuntan la falta de biografías de hombres políticos, de estudios sistemáticos sobre las dinámicas políticas provinciales y de análisis sobre la historia electoral y la prensa periódica.

Otro texto que se presenta como un balance crítico, el único proveniente del campo de los estudios literarios, es el de Eduardo Romano publicado en la revista *Punto de Vista*. El autor enfatiza allí el hecho de que el rótulo *generación del 80* había sido aplicado de modo “abusivo e inexacto”, y puntualiza las divergencias existentes entre las producciones literarias de los escritores que suelen enmarcarse dentro de la evocada agrupación.<sup>50</sup>

El cuarto balance relevado también se publicó en la revista *Todo es Historia* en 1987, en el marco de un dossier titulado “Inventario nacional ¿Qué le dieron al país?” Pese al estridente título del dossier y del artículo que nos compete —“¿Qué le dio? La generación del 80”—, cuyo autor es Hugo Biagini, el texto presenta un comentario general acerca de la parcialidad

<sup>49</sup> Botana y Gallo, “Ochenta”, 1980, p. 35.

<sup>50</sup> Romano, “Colisión”, 1980.

existente en los estudios sobre la evocada generación. Biagini destaca que si continuaba utilizando el método generacional para pensar el pasado histórico argentino de fines del siglo XIX, debían ampliarse los lentes de observación. Esta idea se traduce en algunas propuestas del autor, por ejemplo, que en lugar de estudiar sólo el Jockey Club y el Club del Progreso como espacios de sociabilidad de los hombres de la época, se estudien también los clubes políticos de la Unión Cívica Radical o el Club Vorwärts. En el mismo sentido, postula que debería dejar de pensarse en el prototípico hombre ochentista miembro de la *intelligentzia*, dada la existencia de un amplio abanico de personajes públicos de la época que no encajan en los moldes evaluativos vigentes para pensar en los actores conservadores y antipopulares del periodo.

Además de estos textos evaluativos, en el periodo que recortamos en esta sección, se publicaron visiones inscritas en el *boom* de estudios sobre la *generación del 80* que tuvo lugar en ocasión del centenario de la aparición de la misma en la escena pública argentina.<sup>51</sup> Como veremos, la mayoría de estas contribuciones prometía avanzar principalmente en temas vinculados con el ideario, la ideología, o la configuración intelectual de la agrupación.

En 1973, Diego Pró publicaba su *Historia del pensamiento filosófico argentino*, en la que dedica un apartado a "El pensamiento de la generación de 1880". Allí, este historiador del pensamiento argentino rescata las influencias del positivismo en

los hombres del periodo y detalla que esta vertiente de pensamiento no era la única vigente, dado que es posible rastrear obras de autores eclécticos que se servían de muy diversas corrientes de ideas. En este texto no hay puntualizaciones sobre qué perfil debe atribuírsele a esta generación, sin embargo se destaca que era bifacética, dado que estaba conformada por positivistas y católicos.

Por su parte, Pró presenta una serie de nombres y obras que habrían transmitido sus influencias a los letrados del 80 que no se diferencia de las referencias consignadas al pasar en la mayoría de las obras hasta aquí mencionadas (Comte, Spencer, Darwin, Taine). Señala, además, que los hombres de esta generación tenían ideales políticos comunes sintetizados en el rótulo, bastante impreciso, de "democracia liberal".<sup>52</sup> En su elenco aparece una variada pléyade de personajes de diferentes características, el rasgo unificador de los mismos parece ser que estos "no producen obras que se puedan parangonar con las de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Vicente Fidel López Hernández, Estanislao del Campo".<sup>53</sup> Queda así, en cierto sentido, minimizada la labor del grupo en el que, desde la perspectiva de este autor, conviven personajes tan diversos como José Manuel Estrada, Florentino Ameghino, Ignacio Pirovano y Nicolás Avellaneda.<sup>54</sup>

Hacia 1975 Ezequiel Gallo revisitó la década de 1880 con un artículo sobre el roquismo; uno de sus apartados se titula "Las ideas del roquismo"; allí el autor anuncia que el término de *generación del*

<sup>51</sup> Este *boom editorial* posibilitó la publicación de textos de los más diversos géneros e índoles, uno de los casos más llamativos que encontramos es Brairowsky, "Política", 1982, pp. 289-364.

<sup>52</sup> Pró, *Historia*, 1973, p. 169.

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> Una breve crítica al texto de Diego Pró se encuentra en Biagini, "Panoramas", 1990, pp. 515, 517.

80 había sido utilizado en forma abusiva para ser aplicado “al grupo de hombres que participó en los gobiernos de Roca (1880-1886) y Juárez Celman (1886-1890)”.<sup>55</sup> Por su parte, afirma que las filas de esta elite dirigente estaban engrosadas por hombres políticos que orientaron su acción en varios sentidos. De este modo, *la generación del 80* no habría estado conformada por “ideólogos principistas obsesionados” que generaran nuevas corrientes de ideas, sino que se servían de las ideas disponibles en su tiempo. En esta misma línea de reflexiones, Gallo destaca que tampoco habrían existido planes ni programas sistemáticos en la etapa bajo análisis —distanciándose así definitivamente de lo postulado en su artículo de 1962— y que el mérito principal del roquismo (término que se intercambia a lo largo del texto con el de *generación del 80*) habría sido el de llevar adelante los viejos anhelos de las clases dirigentes argentinas.

En 1979, Jorge Bossio publicó un artículo titulado “La cultura intelectual en la generación del 80”, en el que puntualiza que esta generación habría dado forma a un “patrimonio cultural nacional”, fusionando los elementos del “caudal heredado” con los de nuevas corrientes, como el romanticismo y el liberalismo. Concluye que *la generación del 80* dio forma a una cultura de rasgos netamente nacionales que contó con un peso preponderante de las influencias españolas que, desde su perspectiva, estuvieron permanentemente presentes en las obras de los protagonistas de la época. Para sostener este argumento el autor minimiza la importancia de la cultura afrancesada de los hombres públicos del 80 y exalta sus supuestas raíces na-

cionalistas que habrían surgido de la vitalidad de la herencia española. Por su parte, atribuye este hecho a la educación recibida por los personajes descollantes de fines del siglo XIX, obtenida “en los herméticos cánones del gobierno de Rosas y en el amor a la tradición española”.<sup>56</sup> Por último, Bossio pasa revista a algunas producciones culturales, como revistas y periódicos, así como también a las características de algunos círculos y espacios de sociabilidad de la época. En este último aspecto, el texto se presenta como novedoso, dado que en la mayoría de los textos relevados se presta escasa atención a estos aspectos.<sup>57</sup>

Entre 1975 y 1983 se publicaron tres libros abocados en su totalidad a la generación del 80: *Católicos y liberales en la generación del 80* de Néstor Tomás Auza, *Cómo fue la generación del 80* de Hugo Biagini y *La generación del ochenta. Su influencia en la vida cultural argentina* de Hebe Campanella. En cada una de estas obras, los temas vinculados con las corrientes de ideas manejadas por *la generación del 80* tienen destinado un lugar privilegiado, y en los dos últimos casos prácticamente excluyente.

En el primer libro —publicado en 1975 y reeditado en 1982—, Auza se ocupa de caracterizar dentro a dos grupos de personajes, los católicos y los liberales, en el contexto histórico abierto hacia 1880. El autor

<sup>56</sup> Bossio, “Cultura”, 1979, p. 49.

<sup>57</sup> Con anterioridad a este artículo, las únicas contribuciones que encontramos referidas sistemáticamente a determinadas asociaciones y espacios de sociabilidad del pasaje del siglo XIX al XX se encuentran en una compilación de la década de 1960, se trata de Castagnino *et al.*, *Sociedades*, 1965. Por su parte, se encuentran algunas referencias aisladas sobre estos temas en Giusti, *Momentos*, 1954, pp. 53-89.

<sup>55</sup> Gallo, “Roquismo”, 1975, p. 18.

plantea los lineamientos generales de la ideología de estos conjuntos y puntualiza:

por sobre las diferencias ideológicas, los hombres que militaban en cualquiera de las dos corrientes de esa generación, tenían una similitud. Ambos constituían una elite selecta y escogida formada a la sombra de las universidades y animada de una probada vocación patriótica.<sup>58</sup>

Pese a las fragmentaciones, entonces, la *generación del 80*, conformada por una cantidad significativa y diversificada de “literatos-políticos”, habría logrado acompañar a sus ritmos la totalidad de los asuntos de su época.

Uno de los rasgos más destacables del libro de Auza, además de su considerable aparato documental, es la ampliación del foco de observación del autor en varias direcciones. La primera tiene que ver con la incorporación de los personajes católicos a las filas de una generación considerada en la década anterior como excluyentemente materialista, laica y secularizadora.<sup>59</sup> La segunda característica novedosa se vincula con la ampliación de la escala de análisis en el ámbito geográfico. El autor descentra su mirada de Buenos Aires y analiza en forma sistemática y prolifica el papel de los hombres públicos del 80 en otros centros urbanos, principalmente en Córdoba.<sup>60</sup>

<sup>58</sup> Auza, *Católicos*, 1975, p. 15.

<sup>59</sup> El ya presentado texto de Diego Pró menciona a los grupos *católicos* –oponiéndolos a los *positivistas*– pero no desarrolla este punto. Por otra parte, encontramos sólo un texto breve con fecha anterior al libro de Auza que intenta inscribir a un personaje católico en el marco de la generación que nos ocupa: Allende, “Juan”, 1970, pp. 250-254.

<sup>60</sup> Aunque con otros objetivos, también Donna Guy publicó hacia fines de la década de 1970 y princi-

Por otra parte, en 1980 se publicó el libro de Hugo Biagini que dedica un espacio considerable al análisis del mundo de las ideas de 1880. En la primera parte, “El progresismo y sus avatares”, el autor se ocupa de rastrear las implicancias del uso del rótulo “progreso” como parámetro organizador de todas las esferas de la Argentina de la época.<sup>61</sup> En la segunda parte, “El surgimiento del indigenismo”, se plantean los lineamientos generales del “auge positivista” en Argentina, pero sólo a la luz del tema que preocupa al autor: la presencia del “indigenismo” en los textos de la época que va entre 1880 y 1910. El último tramo del volumen, “Carlos Encina, singular arquetipo”, se ocupa de destacar las particularidades de este personaje con el objetivo de reponer su papel fundamental en el contexto del cambio del siglo XIX al XX. Más que por su representatividad, es por su excentricidad que este intelectual se convierte en atractivo, desde la perspectiva de Biagini.

El tercer libro mencionado es el de Hebe Campanella. La autora dedica un capítulo completo a la cuestión de la validez del método generacional, otro a la realidad sociopolítica y dos más, quizá los que muestran un mayor esfuerzo de

pios de la siguiente sus investigaciones relacionadas con los hombres políticos de la década de 1880, focalizando la atención en el devenir histórico de una provincia, véanse Guy, “Política”, 1977, pp. 505-522, y *Política*, 1982.

<sup>61</sup> Con fecha de edición anterior, el análisis de Ricaurte Soler sobre el positivismo en Argentina ya había tenido como eje central el tópico del progreso, véase Soler, *Positivismo*, 1968. En la misma dirección que el análisis de Biagini se han realizado otros estudios durante las décadas de 1980 y 1990, véanse, por ejemplo, Montserrat, “Mentalidad”, 1980, y Weinberg, *Ciencia*, 1998.

investigación, a temas vinculados con el ámbito de las ideas y la cultura (estos últimos se titulan: "Filosofía e ideología del 80. Ruptura de los esquemas teocráticos" y "El mundo intelectual y artístico"). En el primero de estos apartados sobre temas ligados al mundo intelectual, sigue de cerca, al igual que Biagini en su obra, los argumentos propuestos por Ricaurte Soler, sin aportar aspectos novedosos ni análisis sistemáticos de obras escritas de los personajes de la época. Mientras que en el segundo se ocupa de presentar panoramas generales sobre las letras, las ciencias y las artes.

En el mismo clima conmemorativo en el que se publicaron estos libros se publicó el volumen compilado por Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari: *La Argentina: del ochenta al centenario*. Dos son las secciones en las que aparecen ciertas aproximaciones a la *generación del 80* como tal. Una de ellas es la quinta, destinada a "La vida cultural". Allí se compila el texto de Carlos Floria titulado "El clima ideológico de la querrela escolar", en el que el autor plantea un análisis de los usos de los términos *liberalismo*, *clericalismo*, *positivismo* y *racionalismo*, y puntualiza el significado de estos conceptos contextualizando la época y señalando las especificidades asumidas por los mismos en el marco del debate de la Ley 1420.

En la misma compilación se encuentra el aporte de Tulio Halperin Donghi titulado "Un nuevo clima de ideas", ubicado en la primera sección dedicada a "Antecedentes". Dando cuenta de los habituales matices de sus escritos, Halperin Donghi aborda perspectivas similares a las ya presentes en otros textos mencionados. Comienza su texto con una pregunta provocadora: "¿1880 marca en el dominio de las ideas una tan clara línea divisoria como en la política?", y responde:

Nada menos evidente; aun así un uso no totalmente injustificado ve en esa fecha la del relevo de los hombres y las ideas que dominaron en la etapa de la organización nacional, por la nueva generación que esa fecha designa.<sup>62</sup>

Postula, posteriormente, algunas afirmaciones contundentes, a saber: 1880 marcaría el paso definitivo del romanticismo al positivismo (pese a la pervivencia de algunos rasgos del pensamiento espiritualista en ciertos personajes); la etapa estaría caracterizada por la ausencia de grandes y dominantes personalidades (como antaño Sarmiento, Mitre, Hernández y Alberdi) y signada por la existencia de un nuevo clima de ideas de carácter colectivo (el autor se refiere a una "dimensión coral en la vida de las ideas"); se habría producido la superación de las luchas ideológicas encarnadas por las facciones políticas típicas de las décadas anteriores; una ampliación de la opinión pública se habría gestado, acompañada por cierta opacidad en el intercambio de ideas, mientras se daba el predominio absoluto del movimiento secularizador, que habría teñido todas las facetas del debate de la época.

También en 1980 se publicó otro texto que pretendía focalizar la atención en los aspectos intelectuales de la generación que nos atañe, nos referimos al artículo de Félix Weinberg titulado "El pensamiento de la generación del 80". El autor asume que lo que distingue a esta agrupación es la "homogeneidad ideológica y la toma de conciencia del grupo",<sup>63</sup> y sigue la ca-

<sup>62</sup> Halperin, "Nuevo", 1980, citamos de acuerdo con la reedición del texto: Halperin, "1880", 1998, p. 241.

<sup>63</sup> Weinberg, "Pensamiento", 1980, p. 19.

racterización propuesta por Juan Carlos Torchia Estrada, señalando que lo que predomina en las ideas de esta generación es una mezcla de elementos transformistas, positivistas y cientificistas.<sup>64</sup> Destaca, a su vez, la predominancia de lo que llama un “progresismo optimista de quienes se sentían llamados a protagonizar la transformación y modernización del país en sus bases materiales y culturales”.<sup>65</sup> Analiza posteriormente, en sintonía con otros textos ya mencionados, la idea de progreso como rectora de la sociedad, la política y la cultura, y focaliza la atención en algunas acciones puntuales como las leyes laicas.

Por su parte, en un soporte más vinculado con la divulgación del conocimiento histórico, apareció el ya aludido dossier de la revista *Todo es Historia* en el que participaron personas de disímiles ámbitos, a saber: Emilio Hardoy, Julio Irazusta, Miguel Ángel Scenna, Emilio Corbière, Juan Carlos Vedoya, Luis Alberto Romero, Julio Notta, Fermín Chávez, y los ya mencionados Natalio Botana y Ezequiel Gallo. El dossier delinea un mapa de contribuciones muy dispares, mientras que algunas se basan en un tema general, otras redundan en algún detalle de la época, y otras se asemejan a la nota de opinión.

También en el ámbito de la crítica literaria, la década de las conmemoraciones tuvo manifestaciones similares a las anteriormente mencionadas. Así, por ejemplo, en 1982 se publicó en Estados Unidos un volumen sobre la afamada generación, en el marco del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de California, que presenta una serie de textos de carácter más bien descriptivo, asimilándo-

se a un catálogo de acontecimientos, personajes y obras intelectuales.<sup>66</sup>

En el ámbito local, también en 1982 se reeditó el tomo II de la *Historia de la literatura argentina* publicado por el Centro Editor de América Latina, titulado *Del romanticismo al naturalismo*—la primera edición es de fines de la década de 1960. Allí, se encuentran dos capítulos de Adolfo Prieto: “La generación del ochenta. Las ideas y el ensayo” y “La generación del ochenta. La imaginación”. Estos textos se encargan de ofrecer un panorama general acerca de los escritos publicados entre 1880 y 1910, prestando especial atención a los contextos históricos culturales de producción de los mismos, y ofreciendo una tipología de géneros y representantes de estos. Así, consideraciones sobre crítica literaria, literatura de fronteras, literatura fantástica, novela naturalista, se convierten en las estaciones en las que el destacado crítico literario argentino se detiene asumiendo un tono que traspasa positivamente las características de una sintética enciclopedia de la literatura para dar cuenta de los complejos procesos culturales del paso del siglo XIX al XX. En una intención similar pueden inscribirse dos aportes breves: uno de Antonio Pagés Larraya destinado a dar cuenta de los rasgos generales del género de la crítica literaria practicado principalmente por Martín García Mérou,<sup>67</sup> y el otro de Peter Earle acerca de las características de la ensayística decimonónica finisecular.<sup>68</sup>

Además de los estudios evaluativos y los que se inscriben en una línea signada por la conmemoración, existen otros apor-

<sup>64</sup> Véase Torchia, *Filosofía*, 1961, pp. 174-ss.

<sup>65</sup> Weinberg, “Pensamiento”, 1980, p. 20.

<sup>66</sup> Véase Rodríguez-Alcalá, *Centennial*, 1980.

<sup>67</sup> Pagés, “Crítica”, 1982, pp. 676-683.

<sup>68</sup> Earle, “Ensayo”, 1983, pp. 27-31.

tes que se han aproximado a la *generación del 80* como un objeto portador de un claro valor ejemplar o, desde una perspectiva absolutamente contraria, como un punto de partida indiscutido del comienzo de la crisis moral y general en la que estaba sumido el país hacia 1980. Muestra de la primera posibilidad enunciada es el libro publicado en 1985 por Gabriel Montergous, que recoge una serie de textos aparecidos entre 1977 y 1980 en periódicos. Según señala el autor, habían sido escritos con un objetivo: “presentar en pocas líneas la atmósfera del 80 y dibujar la silueta creadora de alguno de los protagonistas. Se descontaba que el lector sabría cotejar las dos épocas, hacer balance, sacar conclusiones.”<sup>69</sup> Su intención, entonces, era mostrar en el imperante contexto dictatorial que los prohombres de 1880 eran modelos ejemplares de conducta con el fin de dejar en evidencia que las intenciones de los dirigentes del gobierno de facto estaban lejos de permitir la fundación de una “generación del 80 ‘nueva’, dando por agotada la anterior”. Partiendo de estas pretensiones, la elección de Montergous apuntó a mostrar ciertos perfiles biográficos amparándose en una razón que postula como obvia: “¿qué figura del proceso soportaría se la comparase con la de Nicolás Avellaneda, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde o Joaquín V. González? Plutarco no hubiese podido tentar aquí ningún paralelismo.”<sup>70</sup>

Pero si en textos como el de Montergous el valor ejemplar de algunos miembros de la *generación del 80* se erigía como un dato indiscutible, en otras lecturas surgidas en la década de 1980, la misma

agrupación estaba lejos de ser considerada como baluarte a ser reivindicado y defendido. Este es el caso de los textos publicados por el historiador revisionista Julio Irazusta.<sup>71</sup> En *La generación del 80. Profecías y realizaciones*, Irazusta, desde su perspectiva con un perfil estrictamente político, critica decididamente la falta de proyectos sistemáticos de este grupo, cuyas filas engrosarían Nicolás Avellaneda, Manuel Quintana, Victorino de la Plaza, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, entre otros: “No creo que hoy quede nada llamado proyecto del Ochenta, el que, según mi criterio, nunca existió.”<sup>72</sup> La vida de esta generación en el escenario público habría sido breve, y sus ritmos habrían estado signados por las medidas desastrosas y los proyectos incoherentes. La única transformación decisiva que habrían encaminado estos hombres es, desde la perspectiva de Irazusta, la de someter incondicional e irracionalmente al país a los intereses económicos del extranjero. Decisión que habría conducido a Argentina a un callejón sin salida, mientras que sólo servía para concretar las ambiciones personales de los “hombres del régimen”. Así, queda absolutamente rechazada la posibilidad de pensar en los hombres del 80 como dadores de un modelo, y exaltada la percepción de estos personajes como egoístas oportunistas:

lo que harían los hombres del Ochenta en nuestras actuales circunstancias, no es conjeturable. Como hombres prácticos y conoce-

<sup>71</sup> Las opiniones de Irazusta sobre la *generación del 80* ya estaban presentes en textos aparecidos con fecha anterior a 1980, véase, por ejemplo, Irazusta, “Generación”, 1979.

<sup>72</sup> Irazusta, *Generación*, 1981, p. 58.

<sup>69</sup> Montergous, *Generación*, 1985, p. 10.

<sup>70</sup> *Ibid.*

dores de las circunstancias terribles en que se desarrolla la política argentina, supongo que muchos de ellos se habrían adaptado a las circunstancias empeoradas.<sup>73</sup>

El tópico de la ausencia de proyectos de la *generación del 80* aparece en otros textos con un tono menos virulento. Es el caso de “Notas para una discusión sobre la cultura del ochenta”, de Ezequiel de Olaso; el autor afirma allí que la carencia de un proyecto nacional en los hombres del 80 era un hecho, oponiéndose así a una idea que parecía estar instalada:

en los últimos años se ha difundido la idea de que 1880 constituye una instancia ejemplar para los argentinos actuales. Hacia aquel año se habría hecho manifiesto el proyecto de constituir la Argentina en una nación moderna y rica. La concreción de ese ideal por una elite ilustrada pareciera el punto de partida preciso en que aquella situación histórica debe actuar como estímulo y modelo presente.<sup>74</sup>

El filósofo argentino destaca que esta apreciación era simplemente una “fantasía”, puntualizando que tal proyecto no había existido y que no era, por lo tanto, necesario rendir homenajes al 80, sino más bien hacer un balance crítico de su real significación en la historia del país.

Es menester señalar que en el periodo presentado en esta apartado se publicó una obra de características muy particulares, que evalúa algunas de las facetas del papel histórico de los hombres del 80 que en el resto de los aportes presentados son sistemáticamente eludidas. Se trata de *Indios*,

<sup>73</sup> *Ibid.*

<sup>74</sup> Olaso, “Notas”, 1980, p. 697.

*ejército y frontera* de David Viñas, cuya primera edición es de 1982. En esta obra, el famoso intelectual argentino ofrece una interpretación acerca del significado que la expansión de la frontera sur argentina y la matanza de aborígenes que habitaban el mal llamado “desierto” cumplió en la formación de un país con determinadas características y en la construcción de la legitimidad de una república conservadora. Puede sostenerse que algunas de las vetas apuntadas por Ezequiel Martínez Estrada a comienzos de la década de 1930 (el papel militar autoritario de los grupos que se convirtieron en elite política hacia 1880, sus relaciones con Inglaterra, la consolidación de una oligarquía terrateniente) fueron retomadas, ampliadas y puestas en perspectiva en forma exhaustiva y sugerente en las páginas del mencionado libro. De este modo, *Indios, ejército y frontera* se ha convertido en una obra prácticamente única por su intención de explorar y dar un tratamiento crítico a la convencionalmente llamada Conquista del Desierto. Viñas resalta el papel de un personaje de la época que, quizá sintomáticamente, suele quedar fuera de los listados de la mayoría de los estudios sobre la *generación del 80* (o que sólo es mencionado al pasar), nos referimos a Estanislao Zeballos, caracterizado en las páginas del libro como “el intelectual más orgánico de la conquista”.<sup>75</sup>

Los aportes publicados en la etapa apenas presentada, entonces, pueden ser organizados en torno a tres ejes interpretativos. Uno de ellos tiene como rasgo característico el hecho de responder al formato del “estado del arte” o “estado de la cuestión”.

<sup>75</sup> Viñas, *Indios*, 2003, p. 227.

En tres de los cuatro casos que revisamos, los textos evaluativos provienen de la pluma de historiadores o de intelectuales cercanos al campo de la historia, y en ellos aparecen observaciones comunes. Los escritos de Etchepareborda y de Botana y Gallo coinciden en señalar las ausencias de estudios abocados al periodo comprendido entre 1880 y 1910, y proponen una serie de líneas de indagación por seguir que, mirada desde el 2004, parece prácticamente profética. La mayoría de los temas señalados como escasamente conocidos hacia 1980 han ocupado un lugar fundamental en la llamada renovación historiográfica argentina posterior al advenimiento de la democracia, sobre todo en lo que respecta a la historia política.<sup>76</sup> Pero, intentando devolver los escritos a su contexto de producción, es preciso señalar que la presencia de estos balances aparecidos entre la década de 1970 y 1980 daba cuenta de que, pese a las ausencias y a las falencias posibles, había un cierto número de producciones preparadas para ser sometidas a evaluación y crítica o, al menos, que el periodo protagonizado por la *generación del 80* llamaba la atención en forma extendida y sistemática a los historiadores como para que se imponga la necesidad de puntualizar aspectos por explorar. Por otra parte, y siguiendo algunos argumentos ya esbozados en este análisis, cabe apuntar que en el marco de la historiografía argentina los temas ligados a la mencionada generación y a su desempeño en las diversas esferas de la vida del país eran temas que no contaban con una tra-

dición fuertemente consolidada hasta las décadas de 1970 y 1980.<sup>77</sup>

Un segundo conjunto de aportes que revisamos responde al clima de conmemoración de un siglo de la irrupción de la *generación del 80* en la escena nacional. Las contribuciones revisadas pueden evaluarse de forma diversa, mientras que en libros como el de Ferrari y Gallo se evidencia una preocupación por brindar panoramas sintéticos pero a la vez críticos y alejados del tono de la mera difusión —cuyos autores son destacados historiadores, literatos y filósofos argentinos y extranjeros—, otras contribuciones se asemejan más al típico libro celebratorio y carente de plan.

Además de estas recopilaciones, los libros abocados en su totalidad a la generación que nos incumbe (Auza, Biagini y Campanella) ponen en evidencia que el concepto de *generación del 80* estaba prioritariamente utilizado en estas décadas en los estudios preocupados por el devenir cultural del país y que, si bien encuadrados en procesos más generales, los temas vinculados con el rastreo de las corrientes de ideas recogidas por esta generación y de las influencias teóricas sobre las que estas se cimentaban aparecían como predominantes en relación con los demás.

Así podemos sostener que se abandonó la intención de rastrear proyectos y planes de la *generación del 80* (ejercicio favorito de los aportes de la etapa comprendida entre 1950 y 1970) y se apostó fuertemente a focalizar la atención en el plano de las ideas y de las ideologías de esa agrupación,

<sup>76</sup> Sobre este tema pueden verse Alonso, "Reciente", 1998, pp. 393-418; Botana, "Estudio", 1994, y Sabato, "Introducción", 2003, pp. 9-22.

<sup>77</sup> Las obras relacionadas con el periodo 1880-1910 publicadas en estas décadas están mencionadas y puestas en perspectiva en Biagini, Clementi y Bou, *Historiografía*, 1996, pp. 42-52.

más allá de las articulaciones posibles entre estas y potenciales proyectos. Es quizá este viraje el que explica que se haya comenzado a publicar estudios que imponían la ampliación del concepto de *generación del 80* con el objetivo de incorporar a representantes de disímiles ramas del desarrollo intelectual (como pintores, escultores, arquitectos y científicos, en todas sus posibles versiones), pero también a otros grupos signados por su adscripción a tendencias ideológicas diferentes a la dominante. El caso que muestra claramente esta postura es la inscripción de los católicos en los elencos de nombres relevantes del periodo.

Abandonando los terrenos de la historiografía, cabe señalar que los aportes vinculados a la crítica literaria de este periodo no postularon miradas de conjunto ni revisiones o balances críticos, y son más bien fragmentarios. Insistentemente, los ecos de las obras anteriores de Viñas y de Jitirk están presentes en la totalidad de las producciones relevadas. En este punto, es justo resaltar la novedad y la originalidad de *Indios, ejército y frontera* de David Viñas, dado que colocó en la agenda un tema olvidado o eludido, el de la “expansión territorial” y sus costos humanos, en cuanto parte de la acción de la generación considerada la formadora del Estado y la nación en Argentina. De todas maneras, los temas puestos de relieve por Viñas no fueron retomados en forma demasiado inmediata. Sólo en los últimos años han empezado a publicarse algunos aportes que toman alguna de sus líneas temáticas y argumentativas y comparten su tono crítico.

Un último segmento de textos puede agruparse en torno a la intención de definir los alcances y los límites de la posibilidad de asumir que había en el objeto

*generación del 80* una cantera de atributos ejemplares o de rasgos detestables que, de un modo u otro, condicionaron el acontecer histórico del país a lo largo del siglo XX. Como hemos visto, conviven en esta búsqueda textos que hacen hincapié en el rastreo de antecedentes reivindicables con otros que parecen tener como fin la búsqueda de potenciales víctimas para cometer parricidios. En los dos extremos, sin embargo, se plantea la idea de que hay algún tipo de explicación originaria, o de mito de origen, en torno a 1880 y a sus hombres, que permitiría dar cuenta de la dinámica y de los tropiezos de los destinos políticos, culturales y económicos de Argentina.

Es menester destacar, por último, que en esta etapa se publicaron algunos estudios fundamentales para analizar la historia argentina del pasaje del siglo XIX al XX que utilizaron el rótulo *generación del 80* en un sentido más bien instrumental. Este es el caso del fundamental estudio de Natalio Botana: *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, publicado por vez primera en 1977. En este texto, la idea de generación aparece para dar cuenta de la existencia de un grupo humano con determinadas características que devino en elite política en la etapa que se analiza.

1990-2000: ¿LA GENERACIÓN DEL 80 HA MUERTO?

Prácticamente superado en Argentina el clima de ideas que parecía imponer como imperiosa necesidad la revisión de temas vinculados con 1880, a principios de la década de 1990 David Foster publicó en Estados Unidos el libro titulado *The Ar-*

*gentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts*. Destinado principalmente a un público poco interiorizado con la historia y con la literatura argentina, esta obra presta atención a algunos aspectos de las ideas y de las producciones escritas por la *generación del 80* basando sus observaciones, principalmente, en los textos ya analizados de David Viñas y Noé Jitrik. Especialmente en la introducción, el escritor y crítico literario estadounidense destaca las influencias del positivismo y sintetiza sus impresiones acerca de la superposición entre el ámbito político y la esfera intelectual. Foster pasa revista principalmente a las obras y al desempeño público de los siguientes personajes: Miguel Cané, Joaquín V. González, Eduardo Gutiérrez, José María Ramos Mejía, Lucio V. López, Julián Martel, Antonio Argerich, Manuel Podestá y Eduardo Wilde. Por otra parte, prácticamente diez años después, Josefina Ludmer publicaba *El cuerpo del delito. Un manual*; allí, en el capítulo I titulado "De la transgresión al delito", se presenta una serie de consideraciones acerca de "la coalición cultural del Estado liberal" consolidado en 1880 que reponen, como la misma autora señala en una nota, las miradas propuestas décadas atrás por Viñas y Jitrik.

Si bien estos textos, en el primer caso muy cercano al género de la manualística, mantienen en líneas generales las miradas sobre la *generación del 80* vigentes en los dos últimos periodos revisados, empezaban a publicarse otras contribuciones que muestran síntomas de cambio y de renovación. La mayoría de estas podrían inscribirse dentro de la crítica literaria, aunque algunos de sus rasgos se asimilan a los de las expresiones de los *estudios culturales*.

La crítica literaria estadounidense Bonnie Frederick publicó entre 1991 y 1993

un artículo y una antología que dan cuenta de estos aires renovadores.<sup>78</sup> Asumiendo una perspectiva ligada a los estudios de género, la autora se encarga, en ambos textos, de poner de relieve la existencia de mujeres literatas: "esta antología intenta hacer una pequeña contribución a esta nueva historia literaria; ofrece ejemplos de las obras literarias de las escritoras de la generación del 80 con el fin de restaurar un capítulo olvidado de la historia de la mujer en argentina".<sup>79</sup> Propone, de este modo, una selección de escritos en verso y prosa de Elvira Aldao de Díaz, Agustina Andrade, María Eugenia Echenique, Silvia Fernández, Lola Larrosa de Ansaldo, Eduarda Mansilla de García, Josefina Pelliza de Sagasta, Ida Edelvira Rodríguez y Edelina Soto y Calvo.<sup>80</sup> Antes de estos textos, sólo una de las contribuciones analizadas a lo largo de estas páginas mencionaba el nombre de una mujer junto a los de los hombres públicos del 80 (en su *Historia de la literatura hispanoamericana* de 1954, Anderson Imbert menciona a Eduarda Mansilla como escritora destacada de novela histórica).

En otro registro, desde su título ligado a ciertas expresiones de la antropología cultural, puede ubicarse un breve artículo de Patricia Bazán-Figueras: "El tema del

<sup>78</sup> Frederick, "Own", 1991, pp. 282-289, y *Pluma*, 1993.

<sup>79</sup> Frederick, *Pluma*, 1993, p. 9.

<sup>80</sup> Mantenemos en esta enumeración la forma de citar los nombres propuesta por la autora sin dejar de asombrarnos ante la elección de consignar los apellidos de los maridos de algunas de ellas, actitud que parece más cercana a mostrar que estas escritoras eran "esposas de" en lugar de distanciarlas de esos vínculos y colocarlas en un plano de autonomía. Claro que en el caso de las "hijas de" no hay otra opción.

otro en la generación de 1880".<sup>81</sup> En esta contribución se exploran las miradas sobre el extranjero presentes en la obra de Lucio V. López (*La gran aldea*), Lucio V. Mansilla (*Entre-nos*), Miguel Cané (*Juvenilia*) y Eugenio Cambaceres (*Sin rumbo*), publicadas en pleno contexto de inmigración masiva en Argentina.<sup>82</sup> Siguiendo con la mención de aportes con intenciones renovadoras, podemos mencionar un artículo titulado "Dora Bovary (El imaginario sexual de la generación del 80)", texto en el que se rastrean las representaciones sobre las mujeres, las relaciones sexuales y el orden familiar en algunos textos clásicos del pasaje del siglo XIX al XX.<sup>83</sup>

En lo que respecta a los marcos disciplinares de la historia, las producciones publicadas en la década revisada en esta sección permiten sostener que el rótulo generación del 80 ha desaparecido, o quizás periclitado.<sup>84</sup> Sólo la reedición ampliada del ya mencionado libro de Hugo Biagini, esta vez publicada como *La generación del ochenta. Cultura y política* (1995), y un par de artículos, mantienen en sus títulos y en sus contenidos la idea de la existencia

<sup>81</sup> Bazán-Figueras, "Tema", 1993, pp. 66-74.

<sup>82</sup> Pese a lo novedoso del título, este tema ha sido ya ampliamente considerado en obras producidas en las décadas anteriores, siendo quizás la más completa Onega, *Inmigración*, 1965.

<sup>83</sup> Moreno, "Dora", 1994, pp. 115-127

<sup>84</sup> Encontramos, en cambio, que en el ámbito de la historia del arte el rótulo *generación del 80* sigue utilizándose a lo largo de esta década con el fin de hacer referencia a un grupo de artistas que crearon instituciones y colecciones y se encargaron de moldear el gusto artístico y la crítica de arte a fines del siglo XIX (Reinaldo Giudici, Eduardo Sívori, Eduardo Schiaffino y Ernesto de la Cárcova, entre los más destacados). Véanse Telesca y Pacheco, *Aproximación*, 1994, y López, *Historia*, 1997, pp. 49-72.

de la *generación del 80*.<sup>85</sup> Mientras tanto, una gran cantidad de libros editados desde 1990, que concretan aproximaciones sobre el periodo comprendido entre 1880 y 1910, han abandonado sistemáticamente el rótulo.<sup>86</sup>

Puede sostenerse que, mientras, en el plano de la crítica literaria y de la crítica cultural el rótulo *generación del 80* goza aún de buena salud como lo demuestra la continua ampliación de la expresión que permite ahora sumar a las mujeres a la familia, históricamente ausentes en la bibliografía de las décadas anteriores. De este modo, podemos sostener que en los nuevos enfoques rastreados se manifiestan innovaciones sustanciales en lo que tiene que ver con elecciones temáticas y definición de quiénes conforman la *generación del 80*, pero que pese ello no se abandona la expresión generacional como organizadora de contenidos y tópicos. Por su parte, en los estudios históricos se percibe un sustancial abandono de dicha expresión. Incluso autores que en las décadas anteriores incorporaban la expresión *generación del 80* energicamente, la han abandonado.<sup>87</sup>

<sup>85</sup> Los artículos que encontramos producidos en esta década son de características distintas y aparecieron en medios de difusión muy distintos, se trata de Harispuru, "Ocaso", 1990, pp. 271-284, y Mora, "Objetivos", 1992, p. 52.

<sup>86</sup> Para revisiones integrales sobre contribuciones de historia política y de historia de las ideas publicadas en la década abierta en 1990 pueden verse Alonso, "Reciente", 1998, pp. 393-418, y Roldán, "Historia", 2000.

<sup>87</sup> Véase Botana y Gallo, "Estudio", 1996, pp. 11-126.

## CONSIDERACIONES FINALES

El ejercicio concretado en estas páginas permite plantear algunas reflexiones sobre los usos de la idea de *generación del 80* en el marco de escritos de diversa índole, de diferentes géneros y con múltiples intenciones. Podemos sostener que hacia 1920 se configuró, en sus líneas generales, una definición de *generación del 80* ligada a una función descriptiva bastante circunscrita. Los miembros de esta agrupación eran, desde las perspectivas de los autores de esta década, hombres ligados al mundo de las letras, porteños y adeptos a las modas literarias y estéticas europeas. Desde el momento de la delineación de estos trazos hasta la década de 1950, el repertorio de nombres que conformaban el listado generacional se mantuvo relativamente estable o con variaciones poco significativas. A su vez, hemos señalado que el uso de la expresión *generación del 80* no era único y que podía convivir con otras formas de nombrar a los mismos personajes que supuestamente la constituían (“generación de Juvenilia”, “los modernos”, “los ensayistas”, etcétera.).

Hemos notado, además, que el uso de la idea de *generación del 80* se aplicaba a un fenómeno porteño caracterizado por los usos y las costumbres de un grupo de actores considerados como frívolos que contaban con el tiempo suficiente como para lanzarse a disfrutar del ocio (o a ahogar su insatisfacción en las miradas menos optimistas) en todas sus potenciales manifestaciones, entre ellas la literatura.

El rasgo más destacado por los autores que se ocuparon de dar cuenta de la existencia y de la historia de la *generación de 1880*, en el primer bloque temporal que hemos delineado, es el de su absoluta in-

trascendencia en relación con la camada generacional inmediatamente anterior; así, como hemos visto, los calificativos que aparecen con más frecuencia ligados a la idea de la generación que ocupó la escena pública en las dos últimas décadas del siglo XIX son los que marcan cierta subordinación o papel secundario (“generación hija”, “generación de príncipes”, “hijos de los organizadores de la República”), o que intentan dar cuenta de la fugacidad o la incapacidad del papel histórico de la misma (“generación decapitada”, “generación disconforme”, “generación descontenta”).

Quizá esta tendencia a minimizar el protagonismo de la agrupación que nos concierne, encuentra su explicación en la resistencia a ampliar la caracterización generacional hasta sumar a los políticos de primera fila del periodo abierto con la asunción de Julio A. Roca a la presidencia. De esta forma, puede aventurarse que los autores que revisamos para la etapa comprendida entre 1920 y 1950 trazaron la idea de la existencia de un grupo de *prosis-tas-porteños-diletantes* que debía, por su propia, ocupar un lugar central en los destinos de la nación argentina pero que quedó relegado ante un grupo más dinámico de *políticos-provincianos-bombres de acción*. Así quedaría explicado el subordinado papel al que fueron condenados estos príncipes reemplazados por advenedizos. Pero esta operación permite también dar cuenta de ciertas estrategias expositivas, especialmente marcadas en los textos que pretendían dar cuenta de la historia estético-literaria de Argentina, puestas en práctica a la hora de tratar de definir un pasado literario dissociado de los avatares de la política y ligado a la existencia de tradiciones difusas pero existentes. Es decir, el hecho

de tratar de encuadrar en la *generación del 80* a hombres de letras con escasa formación y con una obra fragmentaria, puede ser también pensado como una operación tendente a poner de relieve las rupturas contundentes sucedidas en el ámbito disciplinar ligado con la literatura argentina en las primeras décadas del siglo XX y a legitimar el papel de los verdaderos literatos profesionales surgidos en este contexto.<sup>88</sup> Esta operación está implícitamente sugerida en las obras de Rojas, de Giménez Pastor y de Gálvez, y más laxamente en los artículos de Mujica Láinez. De todos modos, es interesante destacar que también, aunque aún tímidamente, en el primer segmento temporal que hemos evaluado, comenzaban a trazarse miradas críticas sobre el papel de los hombres del 80, provenientes de ensayistas como Juan Agustín García y Ezequiel Martínez Estrada.

El análisis de los textos publicados en la segunda etapa que hemos definido nos coloca frente a registros interpretativos de otro signo. Mientras que pocas visiones seguían pensando a la *generación del 80* en los términos de las décadas anteriores, la mayoría de ellas planteaba novedosos elementos para definir el significado histórico de la misma. El rasgo más notable de los textos producidos entre 1955 y 1970, aproximadamente, es el de la ampliación del rótulo que nos ocupa; ampliación acompañada por una sistemática aplicación del mismo a una esfera intelectual-política pensada como un todo homogéneo e indiferenciado. Tanto en las visiones más ligadas a espacios académicos como en el res-

to, se formula con insistencia la imposibilidad de pensar deslindados el plano de las ideas y el político (el título de la serie editorial de David Viñas confirma en forma impecable esta impresión: *Literatura argentina y realidad política*). La *generación del 80* pasa así a ser un grupo de intelectuales y hombres de acción, que en algunos casos son entendidos como dos segmentos diversos del elenco dominante, en otros como perfiles que conviven en los mismos personajes, o bien como representantes de un régimen político, más allá de los distintos niveles de participación y compromiso de los diversos nombres relacionados con ese régimen. En todos los casos, sin embargo, parece que los autores revisados consideraron inconcebible e insostenible pensar en una generación de simples literatos; a esto se suma una segunda variable de cambio: el fenómeno generacional dejaba de ser excluyentemente porteño para pasar a tener un nítido corte nacional (o, en algunas instancias, nacionalista). Así, intelectuales-políticos con un alto grado de lucidez y claridad ideológica pasaron a ser los prototipos claros de una generación que ya no aparecía bajo la sombra de la camada que la precedió, sino como la protagonista de una verdadera ruptura histórica. Esta intención rupturista se relaciona estrechamente con los procesos de transformación impulsados por este grupo de hombres que, desde las lecturas de la época, estaban preparados para concretar proyectos y planes apoyados en las intenciones de orden, paz, administración y progreso. Más allá del signo positivo o negativo que se cargue en estos planes y aspiraciones, lo que no se discute es el protagonismo de esta generación a la hora de trazar y decidir los destinos del país. Estos políticos-intelectuales son

<sup>88</sup> Sobre este tema pueden verse Altamirano, "Fundación", 1997, pp. 161-199, y Altamirano y Sarlo, "Argentina", 1997, pp. 201-209.

vistos entonces como los forjadores de una nueva era en la que el mundo de las ideas y la acción aparecen como dos caras indisolubles de la misma moneda.

En consonancia con este punto, las miradas consolidadas en estas décadas sobre la *generación del 80* dejan en evidencia cómo era pensado el papel histórico de los intelectuales-políticos. Claro está que, tanto en las miradas más conspirativas sobre la *generación del 80* y su proyecto aristócrata-autoritario (de la que el más claro exponente es Thomas McGann) como en las que recalcan en la idea de una intelectualidad que operó como ideóloga de un régimen con afares conservadores-modernizadores (entre las que se destaca por su argumentación la postulada por Noé Jitrik), está presente la imagen de un protagonismo de los letrados en el universo de las decisiones políticas trascendentales.

De esta forma, en estas lecturas pueden verse claras marcas de las formas de pensar de los intelectuales durante los sesenta y los setenta. Prevalece en las contribuciones que analizamos un tono ligado a las miradas predominantes en América Latina en esas décadas sobre el papel determinante de los intelectuales en el plano de la acción política. Las lecturas sobre las responsabilidades de los hombres públicos del 80 en lo que concierne a la configuración de un modelo de país pueden ser pensadas como una decisiva toma de posición acerca de qué papel debían desempeñar en adelante los intelectuales-políticos. Las trayectorias, muy diversas entre sí, de Jorge Abelardo Ramos, David Viñas, Noé Jitrik y José Luis Romero nos posicionan frente a un tipo de escritura que difícilmente puede disociarse de la marcada politización del clima de ideas signado en Argentina en la etapa posperonista. Clima que, ade-

más, estaba estriado por horizontes teóricos más generales, acompañados por principios contundentes a la hora de evaluar el papel social y político de los intelectuales.<sup>89</sup> Pensar la *generación del 80* era entonces, también, una forma de pensar en un problema que la excedía notablemente.

Posteriormente, esta forma de concebir el espacio ocupado por los *dandis políticos* argentinos perdió la contundencia que tuvo en estas décadas. Las contribuciones que hemos revisado, publicadas entre 1975 y 1980 aproximadamente, dan cuenta de formas diferentes de acercarse al fenómeno *generación del 80*. Claro que el clima de oscurantismo intelectual impuesto por la dictadura imposibilitaba la continuación de los caminos emprendidos en los sesenta. Quizá este hecho explica la elección de devolver al terreno de la cultura el concepto de *generación del 80*, operación acompañada de un sistemático deslinde del plano de la política y de una renuncia a la búsqueda de planes y proyectos. El mundo de las ideas, curiosamente, parecía transportar el tópico generacional a un terreno más inocuo de análisis. Así, los personajes activos del conglomerado generacional fueron convertidos en receptores prácticamente pasivos de climas de ideas internacionales.

Reiteradas veces, los análisis producidos en este contexto apuntan a presentar vertientes de pensamiento que supuestamente influyeron en los elencos intelectuales y políticos del pasaje del siglo XIX al XX; en sintonía con esta tendencia, se sirven de consideraciones generales acerca del *positivismo*, asumiendo que esta corriente de ideas fue asimilada por los hombres de la *generación del 80* y que, en consecuen-

<sup>89</sup> Véanse Sarlo, "Estudio", 2001, pp. 80-105, y Terán, *Nuestros*, 1991.

cia, sus acciones y sus representaciones acerca de la sociedad, la economía, la política y la cultura fueron fuertemente marcadas por el sesgo positivista. Desde esta perspectiva han sido estudiados itinerarios de diversos personajes, así como también imágenes generalizadas sobre aspectos concretos de la sociedad, la ciencia, la educación, entre otros.<sup>90</sup>

Además de la presencia del positivismo, las visiones de carácter panorámico que hemos presentado, producidas en torno a 1980, enumeran diversas corrientes de pensamiento –iluminismo, evolucionismo, espiritualismo y todas las ramificaciones posibles–, sosteniendo que de algún modo fueron recibidas en distintos grados por los intelectuales del periodo abierto en 1880 y que tuvieron repercusiones en sus discursos. Puede marcarse una ausencia de posturas más interpretativas que planteen un escenario en el que diversos movimientos de ideas, muchas veces antagónicos, convivieron en tensión, resignificándose entre sí.<sup>91</sup>

Llamativamente, los libros de Néstor Auza (1975) y de Hugo Biagini (1980)

<sup>90</sup> Sólo en el transcurso de la década de 1990 y principios de 2000, esta tendencia se ha visto revertida en los escritos de Óscar Terán, que ha cuestionado el valor del rótulo positivismo desde una perspectiva renovadora y repensando muchos de los supuestos de sus obras anteriores. Terán considera un gran abanico de manifestaciones culturales sin encostrarlas dentro del rótulo *positivismo*. Recurre, en cambio, a la tipificación de una *cultura científica* con características concretas que no es única ni excluyente en el ámbito de la intelectualidad argentina finisecular. Véanse Terán, "Pensamiento", 2000, pp. 327-363, y *Vida*, 2000.

<sup>91</sup> Estos estudios han tenido mayor éxito en otros ámbitos nacionales, incluso con fecha muy anterior a la década de 1980. Véanse, por ejemplo Rama, *Ciudad*, 1987, y Real de Azúa, "Ambiente", 1987.

no suman en sus bibliografías contribuciones fundamentales para pensar el pasaje del siglo XIX al XX publicadas en la etapa anterior, como fueron las de Noé Jitrik y David Viñas (en la obra de 1983 de Hebe Campanella sólo aparece citado el trabajo de Jitrik). De este modo, parece que la intención de regresar al plano de la cultura al objeto *generación del 80* permitió seguir acercándose al evocado conglomerado, distanciándolo del plano de lo político, tendencia que fue revertida por los autores que a comienzos de la década de 1980 se dedicaron a evaluar en términos morales y políticos los supuestos legados de la *generación del 80* en el devenir del país, entre los que se destaca Viñas.

El último tramo temporal revisado es aún bastante reciente como para establecer evaluaciones de conjunto. Pese a ello, hemos apuntado que se visualiza una tendencia, sobre todo en los estudios históricos, a abandonar la expresión generacional para aproximarse al periodo abierto en 1880 y a sus actores. Esta tendencia está acompañada por una elección metodológica extendida que, en un movimiento contrario al de las décadas anteriores, postula una reducción de la escala de observación a la hora de pensar la historia política y cultural del periodo siguiendo las acciones de conjuntos menos homogéneos, genéricos y monolíticos que la insistentemente rememorada *generación del 80*. De este modo, encontramos denominaciones como *liberales reformistas*,<sup>92</sup> *patriotas*, *cosmopolitas* y *nacionalistas*,<sup>93</sup> *primeros modernos*,<sup>94</sup> representantes de la *cultura científica*,<sup>95</sup> que orga-

<sup>92</sup> Zimmermann, *Liberales*, 1995.

<sup>93</sup> Bertoni, *Patriotas*, 2001.

<sup>94</sup> Malosetti, *Primeros*, 2001.

<sup>95</sup> Terán, *Vida*, 2000.

nizan el seguimiento de ciertos elencos más reducidos de hombres de la época en función del rastreo de problemas o preguntas específicas.

El abandono de la expresión *generación del 80* no puede atribuirse a la caducidad de la idea de generación para pensar el pasado argentino; presunción que queda ampliamente cuestionada cuando se presta atención a textos producidos en esta última década que utilizan, sin mayores conflictos, el rótulo *generación del 37*.<sup>96</sup> Sin embargo, puede sostenerse que en relación con la denominación de esta más anciana agrupación, el concepto *generación del 80* ha sufrido en el largo plazo transformaciones notablemente más significativas que el de la *generación romántica*. Además, debe señalarse que son varios los elementos que dotan de mayor validez la idea de *generación del 37* que la de *generación del 80*. Apuntamos a continuación algunos de ellos.

En primer lugar, el listado de nombres del elenco estelar de la *joven generación* se mantuvo relativamente estable en textos de diversas épocas;<sup>97</sup> en cambio, hemos visto que la idea de *generación del 80* sufrió múltiples mutaciones y ensanchamientos hasta contener en su interior a personajes y grupos de lo más variados, difícilmente cohesionables por alguna de sus características. Por otra parte, debe considerarse que la validez del concepto de *generación del 37* aparece apuntalada no sólo por la perdurabilidad de un repertorio de actores, sino

también por un andamiaje que permite a los historiadores puntualizar rasgos que unifican a los miembros de esta generación. Así, por ejemplo, la participación del Salón Literario o de la Joven Argentina, la experiencia del exilio bajo el régimen de Rosas, su papel de letrados marginados de los ámbitos políticos del país (al menos hasta Caseros), su adhesión a textos-manifiestos, como el *Dogma socialista*, entre otros, son rasgos que funcionan como postas cumplidas por la mayoría de los personajes que se mencionan a la hora de decir quiénes son los hombres de esta agrupación. Sin embargo, no se puede mantener ninguno de estos encuadres referenciales para la gran cantidad de personajes que han sido incluidos en el marco de la generación que nos atañe; tampoco pueden proponerse otros alternativos que focalicen la atención en una sola institución, un único texto-manifiesto o una única cosmovisión. Pese a intentos como los de McGann y Viñas a la hora de apuntar espacios de sociabilidad y ritos compartidos, el cúmulo de actores históricos que han sido incluidos a lo largo de los años en la expresión que nos concierne no puede ser insertado sin problemas en una grilla conformada por elementos fijos comunes.

Quizá este hecho explica los motivos por los que en la última década las elecciones metodológicas de la mayoría de los historiadores que revisitan el periodo del pasaje del siglo XIX al XX hayan apuntado a la fragmentación de una idea tan abarcadora (y tan vaciada de contenidos a la vez) como es actualmente la de *generación del 80*, y hayan impulsado búsquedas menos predeterminadas. Se observa, en cambio, como señalamos, una tendencia a concretar seguimientos de algunos grupos intelectuales y políticos que conviven en el

<sup>96</sup> Pueden verse Katra, *Generación*, 2000; Myers, "Revolución", 1998, pp. 381-445, y Wasserman, "Generación", 1997, pp. 7-34, y *Formas*, 1998.

<sup>97</sup> Si se comparan dos textos, uno de 1958 y otro de 1999, puede confirmarse esta idea. Véanse Weinberg, *Salón*, 1958, y Myers, "Revolución", 1998, pp. 381-445.

periodo en cuestión. Menos difundida, en cambio, está la tendencia a fragmentar hasta su mínima expresión la idea de la existencia de una generación: la de estudiar las individualidades. Con escasas excepciones,<sup>98</sup> aún no se ha convertido en una práctica usual entre los historiadores la de reparar la atención en trayectorias únicas. La idea de retorno al sujeto como objeto central de análisis, tan extendida en otros ámbitos historiográficos, no ha llegado aún a contar con adeptos acérrimos en los espacios académicos del país.

Pero, pese a ello, es destacable que, por variados caminos, desde diversas disciplinas se han propulsado acciones para abandonar una expresión prácticamente alienada de su contenido. Mientras que en el caso de la disciplina histórica el abandono del rótulo es evidente, puede proponerse una lectura optimista de las operaciones realizadas en el contexto de la crítica literaria y cultural: dadas las operaciones interpretativas presentes en los aportes de la última década, quizá es dable pensar que la expresión *generación del 80* sólo cumple una función de encuadre temporal en lugar de hacer referencia a un grupo concreto de actores históricos.<sup>99</sup>

Queda aún por ver qué sucederá en el marco de los festejos del bicentenario de la Revolución de Mayo con la recuperación de los personajes que alguna vez

han sido sumados a los repertorios de prohombres de la historia nacional, mientras que otros han sido condenados a las filas de la intrascendencia.

## BIBLIOGRAFÍA

-AA. VV., dossier: "Generations", *Dædalus, Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, otoño de 1978.

-Allende, José Antonio, "Juan M. Garro, un hombre de la generación del '80", *Criterio*, núm. 1594, 23 de abril de 1970, Buenos Aires, Argentina, pp. 250-254.

-Alonso, Paula, "La reciente historia política de la Argentina del ochenta al centenario", *Anuario IEHS*, núm. 13, 1998, Tandil, pp. 393-418.

-Altamirano, Carlos, "La fundación de la literatura argentina" en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Ariel, Buenos Aires, 1997, pp. 161-199.

——— y Beatriz Sarlo, "La Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos" en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Ariel, Buenos Aires, 1997, pp. 201-209.

-Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, FCE, México, 1970 (1954).

———, "La literatura argentina" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980, pp. 725-744.

-Auza, Néstor, *Católicos y liberales en la generación del 80*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975.

-Barba, Enrique, "Significación del 80", *Revista de la Universidad Nacional de La Plata*, agosto de 1959, La Plata, pp. 41-48.

-Barcia, Pedro, "El 80 y las formas de periodización", *Revista de la Universidad*, Universidad Nacional de La Plata, núm. 27, 1981, La Plata, pp. 9-34.

<sup>98</sup> Es menester aclarar que en la obra de Terán, y *Vida*, 2000 (y también en *Positivismo*, 1987), son seguidas diversas trayectorias individuales en sus especificidades; pese a ello, en última instancia está presente la intención de insertar estos recorridos biográficos en contextos temáticos que las contienen.

<sup>99</sup> En una obra de corte histórico recientemente publicada utiliza en rótulo bajo análisis en este mismo sentido referencial, se trata de Terán, *Ideas*, 2004, p. 14.

———, “Algunas peculiares formas de peiodización de nuestra literatura” en AA.VV., *La periodización en la literatura argentina, problemas, criterios, autores, textos, Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional de Cuyo/ Instituto de Literaturas Modernas, Mendoza, 1987, t. 1, pp. 127-144.

-Bazán-Figueras, Patricia, “El tema del otro en la generación de 1880”, *Revista/Review Interamericana*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, vol. 23, núms. 3-4, otoño-invierno de 1993, San Germán, pp. 66-74.

-Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.

-Biagini, Hugo, *Cómo fue la generación del 80*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1980 (Esquemas Históricos).

———, “¿Qué le dio? La generación del 80”, *Todo es Historia*, dossier: “¿Qué le dieron al país?”, núm. 242, julio de 1987, Buenos Aires, pp. 172-176.

———, “Panoramas filosóficos globales” en AA.VV., *Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino, Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, CICH, Buenos Aires, 1990, pp. 514-522.

———, *La generación del ochenta. Cultura y política*, Losada, Buenos Aires, 1995.

———, Clementi Hebe y Marilú Bou, *Historiografía argentina: la década de 1980*, Editores de América Latina, Buenos Aires, 1996.

-Blanco, Óscar, “La constitución de la historia literaria argentina” en Nicolás Rosa (ed.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999, pp. 21-31.

-Borello, Rodolfo, “Los escritores del 80”, *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*, Instituto de Lenguas y Literatura Modernas-

Universidad Nacional de Cuyo, diciembre de 1959, Mendoza, pp. 32-46.

-Bossio, Jorge, “La cultura intelectual en la generación del 80”, *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, núm. 1, 1979, Buenos Aires, pp. 49-61.

-Botana, Natalio, “Estudio preliminar” en Natalio Botana, *El orden conservador. La política entre 1880 y 1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994, pp. 1-XLVIII.

——— y Ezequiel Gallo, “El ochenta lo que queda por hacer”, *Todo*, 1980, pp. 35-37.

———, “Estudio preliminar” en *De la república posible a la república verdadera*, Ariel, Buenos Aires, 1996, pp. 11-126.

-Brailovsky, Antonio, “Política ambiental de la generación del 80” en AA.VV., *Tres estudios argentinos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1982, pp. 289-364.

-Bruno, Paula (estudio preliminar y selección de textos), *Travesías intelectuales de Paul Grosssac*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005 (La Ideología Argentina).

———, *Paul Grosssac. Un estratega intelectual*, FCE/UDESA, Buenos Aires, 2005.

-Campanella, Hebe, *La generación del ochenta. Su influencia en la vida cultural argentina*, Tekne, Buenos Aires, 1983.

-Carbia, Rómulo, *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*, Universidad de La Plata, La Plata, 1939 (1925).

-Carrilla, Emilio, “El método generacional: posibilidades y limitaciones” en AA. VV., *La periodización en la literatura argentina, problemas, criterios, autores, textos, Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional de Cuyo/ Instituto de Literaturas Modernas, Mendoza, 1987, t. 1, pp. 83-125.

-Castagnino, R. et al., *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*, Departamento de Letras-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1965.

-Chávez, Fermín, "El eclipse de la conciencia nacional", *Todo*, 1980, pp. 32-34.

-Corbière, Emilio, "Liberales y católicos en el 80", *Todo*, 1980, pp. 19-23.

-Cornblit, Óscar, Ezequiel Gallo y Alfredo O'Connell, "La generación del 80 y su proyecto: antecedentes y consecuencias", *Desarrollo Económico*, vol. 1, núm. 4, enero-marzo de 1962, Buenos Aires, pp. 5-46. Republicado con idéntico título en Torcuato Di Tella et al., *Argentina, sociedad de masas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1965, pp. 18-58.

-Devoto, Fernando, "Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales (1955-1966)" en Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX* (II), CEAL, Buenos Aires, 1994, pp. 30-49.

-Earle, Peter, "El ensayo en la generación del '80", *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana*, vol. 12, núms. 2-3, febrero-mayo de 1983, Arizona, pp. 27-31.

-Estrin, Laura, "Entre la historia y la literatura, una extensión. La *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas" en Nicolás Rosa (ed.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999, pp. 75-114.

-Etchepareborda, Roberto, "La estructura socio-política argentina y la generación del ochenta", *Latin American Research Review*, vol. 13, núm. 1, 1978, Pittsburgh, pp. 127-134.

-Farré, Luis, "Alejandro Korn y la generación del 80", *Todo es Historia*, núm. 194, julio de 1983, Buenos Aires, pp. 77-78.

Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina: del ochenta al centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.

-Floria, Carlos, "El clima ideológico de la querrela escolar" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980, pp. 851-869.

-Foster, David, *The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts*, University of Missouri Press, Columbia, 1990.

-Frederick, Bonnie, "In Their Own Voice: The Women Writers of the 'Generación del '80' in Argentina", *Hispania*, vol. 74, núm. 2, mayo de 1991, Washington, pp. 282-289.

——— (comp. e introd.), *La pluma y la aguja: las escritoras de la generación del '80*, Feminaria Editora, Buenos Aires, 1993.

-Gálvez, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria* (1). *Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Taurus, Buenos Aires, 2002 (1944).

-Gallo, Ezequiel, "El roquismo, 1880-1916", *Todo es Historia*, núm. 100, septiembre de 1975, Buenos Aires, pp. 11-30.

———, "Historiografía política" en AA. VV., *Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino, Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, CICH, Buenos Aires, 1990, pp. 327-338.

-García, Juan Agustín, "Sobre nuestra incultura (1922)" en Juan Agustín García, *Obras completas*, Zamora, Buenos Aires, 1955, pp. 967-976.

-Giménez Pastor, Arturo, "Los del 80", *Verbum. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, Federación Universitaria, 1926, Buenos Aires, pp. 370-376.

———, *Historia de la literatura argentina*, Labor, Buenos Aires, 1945, t. II.

-Giusti, Roberto, *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1954.

———, "La prosa de 1852 a 1900" en Rafael Arrieta (dir.), *Historia de la literatura argentina*, t. III, *Las letras en la segunda mitad del siglo XIX*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1959.

-González, Santiago et al., *El 80*, t. I, *Visión del mundo*, y t. II, *Sus escritores*, CEAL, Buenos Aires, 1969 (Colección Enciclopedia de la Literatura Argentina).

-Guy, Donna, "La política azucarera tucumana y la generación del ochenta", *Desarrollo Económico*, vol. 16, núm. 64, enero-marzo de 1977, Buenos Aires, pp. 505-522.

- , *Política azucarera argentina. Tucumán y la generación del 80*, Fundación Banco Comercial del Norte, Tucumán, 1982 (traducción *Argentine Sugar Politics: Tucumán and the Generation of Eighty*, Arizona State University Center for Latin American Studies Press, Arizona, 1980).
- Halperin Donghi, Tulio, "Introducción" en Torcuato Di Tella et al., *Argentina, sociedad de masas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1965, pp. 11-17.
- , "Un nuevo clima de ideas" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980, pp. 13-24. Publicado con variante en el título: "1880: un nuevo clima de ideas" en Tulio Halperin Donghi, *El espejo de la historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp. 239-252.
- Hardoy, Emilio, "Los constructores de la Argentina moderna", *Todo*, 1980, pp. 9-14.
- Harispuru, Adela, "El ocaso de la generación del '80: Victorino de la Plaza y su gobierno", *Investigaciones y Ensayos*, núm. 40, enero-diciembre de 1990, Buenos Aires, pp. 271-284.
- Ibarguren, Carlos, *La historia que he vivido*, EUDEBA, Buenos Aires, 1969 (1954).
- Irazusta, Julio, "La generación del 80" en Julio Irazusta, *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, Dictio, Buenos Aires, 1979.
- , "Dejar hacer, dejar pasar", *Todo*, 1980, pp. 14-19.
- , *La generación del ochenta. Profecías y realizaciones*, Docencia, Buenos Aires, 1981.
- Jatib, Griselda, "Un arquetipo del ochenta: Aristóbulo del Valle" en Horacio Vázquez Rial (dir.), *Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 159-163.
- Jitrik, Noé, *El mundo del ochenta*, Editores de América Latina, Buenos Aires, 1998. (Publicado por primera vez como estudio introductorio de la antología *El 80 y su mundo, presentación de una época*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968).
- Katra, William, *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Emecé, Buenos Aires, 2000.
- Lebedinsky, Mauricio, *La década del 80. Una encrucijada histórica*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967.
- López Anaya, Jorge, *Historia del arte argentino*, Emecé, Buenos Aires, 1997.
- Ludmer, Josefina, "1880: los sujetos del Estado liberal" en Juan Orbe (comp.), *La situación autobiográfica*, Corregidor, Buenos Aires, 1995, pp. 69-76.
- , *El cuerpo del delito. Un manual*, Perfil, Buenos Aires, 1999.
- Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.
- Marías, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Revista de Occidente, Madrid, 1957.
- Martínez, Agustín, *Figuras. La modernización intelectual de América Latina: 1850-1930*, Fondo Editorial Topykos, Caracas, 1995.
- Martínez de Codes, Rosa María, *El pensamiento argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional*, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1986.
- Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la pampa*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986 (1933).
- Maturó, Graciela, "La generación del 80" en Julio C. Díaz Usandivaras (proyecto y coord.), *5 siglos de literatura argentina*, Corregidor, Buenos Aires, 1993.
- McGann, Thomas, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*, EUDEBA, Buenos Aires, 1960.
- Molloy, Sylvia, "Imagen de Mansilla" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980, pp. 745-759.
- Monner Sans, José María, *El problema de las generaciones*, Emecé, Buenos Aires, 1970.
- Montergous, Gabriel, *La generación del 80 y el proceso militar*, CEAL, Buenos Aires, 1985.
- Montserrat, Marcelo, "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980.
- Mora y Araujo, Manuel, "Los objetivos de la generación del 80 en la conquista del desierto"

to", *Todo es Historia*, núm. 303, octubre de 1992, Buenos Aires.

-Moreno, María, "Dora Bovary. El imaginarios sexual en la generación del 80" en Josefina Ludmer (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1994, pp. 115-127.

-Mujica Láinez, Manuel, "Aspectos de la generación del 80", *Sur*, núm. 358, 1986, Buenos Aires, pp. 125-145.

-Myers, Jorge, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas" en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, t. III, pp. 381-445 (Nueva Historia Argentina).

-Notta, Julio, "El Plan del 80", *Todo*, 1980, pp. 29-31.

-Olaso, Ezequiel de, "Notas para una discusión sobre la cultura del ochenta" en Ferrari y Gallo, *Argentina*, 1980, pp. 697-705.

-Onega, Gladys, *La inmigración en la literatura argentina, 1880-1910*, CEAL, Buenos Aires, 1965.

-Ortega y Gasset, José, "La idea de las generaciones" en José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Espasa Calpe, Madrid, 1995, pp. 59-66 (1923).

-Pagés Larraya, Antonio, "La crítica literaria de la generación argentina del '80'", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 390, diciembre de 1982, Madrid, pp. 676-683.

-Perriaux, Jaime, *Las generaciones argentinas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1970.

-Prado, Gustavo, "La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948" en Nora Pagano y Martha Rodríguez, *La historiografía rioplatense en la posguerra*, La Colmena, Buenos Aires, 2001, pp. 39-65.

-Prieto, Adolfo, "La generación del ochenta. La imaginación" y "La generación del ochenta.

ta. Las ideas y el ensayo" en AA.VV., *Historia de la literatura argentina. Del romanticismo al naturalismo*, CEAL, Buenos Aires, 1986, t. II, pp. 49-72 y 97-120 (1967).

-Prieto, Martín, *Breve historia de la literatura argentina*, Taurus, Buenos Aires, 2006.

-Pró, Diego, *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional De Cuyo/Instituto de Filosofía, Mendoza, 1973, pp. 167-170 (Historia de la Filosofía Argentina, Serie Expositiva, Cuaderno 1).

-Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, 1987.

-Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, vol. 2, *Del patriado a la oligarquía, 1862-1904*, Peuser, Buenos Aires, 1973 (1957).

-Real de Azúa, Carlos, "Ambiente espiritual del 900" en Carlos Real de Azúa, *Escritos*, Arca, Montevideo, 1987, pp. 145-165 (1950).

-Rodríguez Bustamante, Norberto, "Las ideas pedagógicas y políticas de la generación del 80", *Revista de Historia*, núm. 1, primer trimestre de 1957, Buenos Aires, pp. 89-103.

-Rodríguez-Alcalá, Hugo (ed.), *On the Centennial of the Argentine Generation of 1880*, Latin American Studies Program of the University of California, Riverside, 1980.

-Rohde, Jorge Max, *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, 1924, t. III.

———, *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, 1926, t. IV.

-Roig, Arturo, "Tres décadas de historia de las ideas: recuento y balance" en AA.VV., *Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino, Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, CICH, Buenos Aires, 1990, pp. 535-548.

-Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cul-*

*tura en el Plata, Los modernos II*, Guillermo Kraft Limitada, Buenos Aires, 1957 (1922).

-Roldán, Darío, "La historia de las ideas referida al periodo 1880-1910 [1990-1997]", documento de trabajo núm. 21, Departamento de Humanidades-Universidad de San Andrés, noviembre de 2000.

-Romano, Eduardo, "Colisión y convergencia entre los escritores del 80", *Punto de Vista*, año III, núm. 10, noviembre de 1980, Buenos Aires, pp. 6-13.

-Romero, José Luis, *El desarrollo de las ideas en la Argentina del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 1987 (1965).

-Romero, Luis Alberto, "El desarrollo de las fuerzas productivas", *Todo*, 1980, pp. 26-28.

-Sabato, Hilda, "Introducción. La vida política argentina: miradas históricas sobre el siglo XIX" en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, FCE, Buenos Aires, 2003, pp. 9-22.

-Sarlo, Beatriz, "Estudio preliminar" en *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires, 2001, pp. 80-105.

———, "Estudio preliminar: Recuerdos de un escritor profesional" en Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Taurus, Buenos Aires, 2002, pp. 9-28 (1944).

-Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Paidós, Buenos Aires, 1968.

-Spinelli, María Estela, "La renovación historiográfica argentina y el análisis de la política del siglo XX, 1955-1966" en Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX (II)*, CEAL, Buenos Aires, 1994, pp. 50-68.

-Telesca, Ana María y Marcelo Eduardo Pacheco (intr. y sel.), *Aproximación a la generación del 80. Antología documental*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1994 (Serie Fuentes. Historia del Arte. Temas de Historia del Arte).

Terán, Óscar, *Positivismo y nación*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.

———, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1991.

———, "El pensamiento finisecular (1880-1916)" en Mirta Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 327-363 (Nueva Historia Argentina, v).

———, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, FCE, Buenos Aires, 2000.

——— (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano, Siglo XXI/Fundación OSDE*, Buenos Aires, 2004.

-*Todo es Historia*, dossier: "La generación del 80 ¿Existió?", núm. 163, diciembre de 1980, Buenos Aires.

-Torchia Estrada, Juan Carlos, *La filosofía argentina*, Unión Panamericana, Washington, 1961.

-Vedoya, Juan Carlos, "La ideología del ochenta", *Todo*, 1980, pp. 24-25.

-Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1975 (1a. ed. Editorial Jorge Álvarez, 1964).

———, *Indios, ejército y frontera*, Santiago Arcos, Buenos Aires, 2003 (1982).

-Wasserman, Fabio, "La generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, núm. 15, 1er. semestre de 1997, Buenos Aires, pp. 7-34.

———, *Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la generación de 1837*, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani-Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1998.

Weinberg, Félix, *El Salón Literario de 1837*, Hachette, Buenos Aires, 1958.

———, "El pensamiento de la generación del 80", *Cuadernos del Sur*, Universidad Nacional del Sur, núm. 13, 1980, Bahía Blanca, pp. 17-38.

-Weinberg, Gregorio, *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, FCE, Buenos Aires, 1998.

-Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana/UdesA, Buenos Aires, 1995.